

ESPOSAS ROBOT

PETER DEBRY



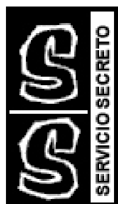
SS SERVICIO SECRETO



PETER DEBRY

ESPOSAS ROBOT

Colección SERVICIO SECRETO N.º 954
Publicación Semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES
CARACAS – MEXICO – RIO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 35.770 – 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: noviembre, 1968

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **BISONTE**:
983. — Aprender a no morir.

En Colección **SERVICIO SECRETO**:
858. — Héroe peligroso.

En Colección **BÚFALO**:
783. — Hijos de la pólvora.

En Colección **CALIFORNIA**:
623. — Tiros por la culata.

En Colección **SALVAJE TEXAS**:
614. — Legionarios del «colt».

En Colección **COLORADO**:
462. — Telón de plomo.

En Colección **PUNTO ROJO**:
338. — Serena en su ataúd.

En Colección **ASES DEL OESTE**:
374. — «Kentucky Joe».

En Colección **BRAVO OESTE**:
287. — La heredera y los forajidos.

En Colección **KANSAS**:
541. — Al otro lado del cañón.

CAPÍTULO PRIMERO

La neblina sobre el Támesis, era un espectáculo siempre placentero para Alex Harris. Todo quedaba diluido. Hasta el lodo adquiría suavidad de tela esponjosa.

El saludo respetuoso, pero repentino, de un agente, le devolvió a la realidad, arrancándole de sus divagaciones. Tenía que ser, y no le quedaba más remedio que ser, el inspector Harris, de la Criminal.

—El sargento de guardia me ordenó que le localizase, señor. Transmito el mensaje, señor. Sírvase personarse en la oficina de Proyectos de la subsecretaría de Industria y Comercio. Aguardan su visita hasta las ocho de la noche, señor. El propio asesor jefe, señor.

—Gracias.

Harris puso el contacto y encendió los faros amarillos. Sin cerrar la ventanilla, porque aquel aire húmedo de primavera, traía consigo lejanos aromas de campiñas verdes.

Su propia esposa reconocía que nació para poeta, aunque no por ello dejaba de admitir también, que era considerado un talento cerebral, aunque un poco rutinario, pero eficiente, en la Brigada.

Sus angulosas facciones se distendieron en sonrisa divertida. ¿Para qué desearía verle con tanta urgencia el asesor jefe?

Gilbert Sanders, distinguido, meticuloso, metódico. El hombre práctico por excelencia. Casi un autómata. Un elegante maniquí impasible.

A las siete de la tarde, el moderno edificio en que se agrupaban las numerosas secciones de diversas subsecretarías, parecía mucho más hostil, al carecer del humano ajetreo del personal.

Las amplias cristaleras, el aluminio, los paneles de madera, las puertas con cristales opacos, la escasa luz, los muros lisos, formaban un conjunto frío, sin vida.

El cristal opaco de una puerta traslucía un leve resplandor interno. Las letras plateadas especificaban:

GILBERT SANDERS
B. L.

Bachiller en Leyes a los veintidós años, ayudante de fiscal a los

veinticinco, Sanders era considerado un cerebro preclaro, un experto en el humano laberinto.

Según su esposa, si un petardo estallaba entre los pies de Gilbert Sanders, éste movía una ceja, miraba hacia abajo, y sentenciaba:

—Considerando impropio cualquier especie de sonoridad ajena al lugar, juzgamos y debemos juzgar que este artefacto ha estallado con premeditación y alevosía.

Este era el hombre sin nervios, el hombre impasible que al ver entrar al inspector Harris, señaló el sillón frente a él, mientras terminaba de deglutir el resto de un vaso de agua mineral.

Alex Harris, sentándose, apuntó con el índice hacia el frasquito a un lado de la carpeta:

—Corrígeme si me equivoco, Gil. La etiqueta ostenta una terminología que sugiere un sedante.

Dejando el vaso en la licorera sobre la mesa, asintió Sanders gravemente. Acodado, reunió ante los labios las yemas de los dedos unidos. Su semblante de dios griego, de helados ojos azules, tenía una modificación.

Los ojos azules, en vez de hielo aterciopelado, tenían un brillo calenturiento, de fiebre.

—¿Estás enfermo, Gil?

—Un poco de disminución de la capacidad abstractiva, sin más.

—Bonita definición que no compromete, aunque sería más sencillo suponer que el exceso de trabajo tensa algo tus nervios, hombre de hielo.

Sanders aspiró a fondo. Como si acabara de decidir que era preferible zambullirse en un charco pestilente. Fruncida la nariz, expuso:

—Antes de entrar en materia, desearía aclarar dos puntos, Alex. Nuestra juventud en años, no excluye madurez. Podemos afrontar la verdad por molesta que pueda parecer. ¿Me permites hablar con total franqueza?

—No solamente te lo permito, sino que me encantará. Pocas veces se debe dar el caso de un abogado plenamente sincero.

—En nuestras respectivas profesiones, estamos bien calificados. Creo no engañarme si presiento que no te soy simpático. Contesta, por favor.

—De acuerdo, señor fiscal —sonrió Harris—. No es que me seas antipático. Digamos mejor qué me produces una extraña sensación. Tu impasible personalidad me resulta algo inhumana. Es posible que a mi vez, no te agrade lo que debe parecerte en mí, frivolidad, poca enjundia.

—Exacto. Estimo que un representante de la Ley, debería ser menos propenso al fácil humorismo. Este es el primer punto que deseo

aclarar, Alex. Oigas lo que oigas, te ruego encarecidamente que no te burles. Para mí, es vital que me tomes en serio.

Asombrado por el tenue apasionamiento que percibía en Sanders, afirmó Harris sinceramente:

—Concedido. Pasa al segundo punto.

—Podemos no simpatizar, pero tampoco somos enemigos. El segundo punto es algo poco reglamentario, algo que va en contra de mis principios. Necesito que me des tu palabra de honor que nada de cuanto te diga lo repetirás, ni nada de cuanto oigas o veas después, será con carácter oficial dimanante de tu cargo.

—Un momento, un momento, déjame coordinar. Vosotros, los picapleitos, tenéis la tendencia a ensartar frases largas, y se extravía uno. Si no he entendido mal, vas a revelarme determinadas cosas que han de permanecer por entero secretas, entre los dos.

—Exacto.

Había ansiedad en el tono habitualmente conciso del abogado. El inspector se rascó la sien. Se apresuró Sanders a manifestar:

—Nada es delictivo. Por ahora.

—¿Por ahora?

—Con ello he querido sugerir que en caso de existir delito, quedarías revelado de tu promesa.

—De acuerdo. Adelante, te escucho.

Levantándose, Sanders empezó a pasear, cruzados los brazos a la espalda. El elocuente ayudante de fiscal titubeaba. Parecía no hallar las palabras adecuadas.

—Permíteme primero un breve exordio, Alex. ¿En qué opinión tienes a Olga?

—¿Olga? Hombre, la pregunta es capciosa. Tu esposa es para mí un compendio de perfecciones. Puedo declarártelo sin el menor reparo, puesto que es proverbial que adoro a mi propia esposa.

—Consideras entonces a Olga dotada de muchas cualidades. Dada tu profesión que te induce, por práctica habitual, a percibir indicios, ¿alguna vez has percibido en mi comportamiento señales de anormalidad síquica?

—Un momento, un momento. Hablabas de Olga. Me preguntas si he notado en ti algún síntoma de desequilibrio mental. ¿Puedo reírme?

—Si ello significa que me consideras totalmente dueño de mi juicio cabal, ríete. Últimamente, visitó a un siquiatra. Sugerí alucinaciones y el doctor, excelente especialista, confirmó que mi salud mental es perfecta. Me recetó este sedante. Alegó un posible cansancio mental. Nada de particular.

—Demostrado que atesoras prodigios de sensatez, ¿puedes aclararme qué relación tiene este dictamen con la mención de las

cualidades de tu esposa?

Deteniéndose, volvió Gilbert Sanders a aspirar a fondo. Dijo lentamente:

—Una de dos, inspector Harris. O me estoy volviendo loco, o bien mi esposa se ha transformado en un robot.

CAPÍTULO II

Alex Harris tardó unos instantes en reaccionar. Ni siquiera sonrió. Quiso saber:

—Descartada, de momento, la posibilidad de que tengas un foco encubierto de desequilibrio mental, ¿en qué evidencias fundas una declaración tan tajante?

—Olga nunca ha sido propensa a ensimismarse. Es concreta. Atiende a la realidad. No manifestó nunca inclinaciones a un exceso de imaginación. Tú mismo admitirás que es un prodigio de sensatez.

—De acuerdo. No tiene tendencias a la menor excentricidad.

—No tenía… Y ahora, por favor, reitero mi juego. Para mí, nada de lo que voy a revelarte, es risible ni grotesco. Para mí, es angustioso, inquietante.

—Te escucho y no me inspira ningún deseo de reír tu gravedad ni lo que sugieres sobre Olga.

—Gracias, Alex. Hace ya unas noches, ocho, para ser más concreto, presencié el primer síntoma alarmante. Olga y yo veíamos la televisión. El programa me aburría. De pronto, ella se puso en pie. Tendió el oído hacia fuera. Ni habían llamado, ni yo oía nada anormal.

Volvía Sanders a pasear. Se detuvo ante la pared, como si en ella viese reflejada la escena.

—Olga me daba la impresión de estar escuchando algo. Se puso rígida. Caminó rectamente hacia el televisor. Cerró. En el silencio absoluto que siguió, Olga, con la misma rigidez, se detuvo ante mí y con expresión de alucinada pronunció una frase melodramática… Me he preparado para este momento, Alex. Me cuesta repetirlo.

—Hazlo. Palabra que nada he de decir. Tienes mi palabra de honor que es un secreto, digamos familiar.

—Ella dijo textualmente: “Te mataré si no me obedeces, Gilbert”.

Sentándose, indicó a Sanders la licorera:

—¿Whisky, oporto, jerez?

—Dos dedos de jerez, Gil.

—Es excelente. Seco y bien embocado. Te gustará. Alzaron

mutuamente sus vasitos. Bebieron un sorbo.

—Me agradaría que al preguntarme, lo hicieras sin contemplaciones, Alex. Como si yo fuera un sospechoso. Como si Olga no fuera una mujer excelente.

—Después de pronunciar su frase, Olga haría algo, supongo. ¿Qué fue?

—Sentarse. Muy rígida. No oía mi voz.

—¿Qué le decías?

—Traté de ironizar, aludiendo a que si quería sorprenderme con interpretaciones de estrella tipo televisión, no consideraba yo aquella broma de buen gusto.

—¿Replicó?

—Nada. Impávida. Como una muñeca desprovista del resorte funcional. Pasaron minutos muy desagradables. No sabía qué hacer. Por fin, ella sacudió un poco la cabeza, me miró, y dijo: "Hiciste bien en cerrar la TV. Era un tostón".

—Supongo que le pedirías explicaciones.

—Preferí abstenerme. Creí posible algo parecido a sonambulismo, yo qué sé… ¿La frase amenazadora?… Tonterías… A veces, en los matrimonios mejor avenidos, existen momentos de discusión por necedades.

—Hace apenas dos años que asistí a vuestra boda —y sonriente, agregó el inspector—: Por fuerza. Fue el mismo día, en el mismo templo. Tú con Olga, yo con su hermana.

Asentía Sanders con expresión ausente. Regresó Harris al tema:

—Según mi mujer, su hermana vive contigo unas constante luna de miel, o mejor dicho, un noviazgo prolongado. Dudo que en ninguna discusión, te amenazase ella con matarte. Aunque suela ser una expresión corriente entre enamorados: "te mataré si no me obedeces, y no cierras la ventana", por ejemplo. Una expresión desprovista de sentido criminal, Gil.

—Nunca la empleó Olga. Para mí era tan impropio hablarle de lo que acababa de suceder que preferí silenciarlo. Dos noches después, habíamos convenido ir al cine. Subió a arreglarse, afirmando que tardaría apenas un cuarto de hora. Es puntual.

—Lo contrario de Bea. Cuando me dice que tardará media hora, me sobra tiempo para leerme un tomo de la Enciclopedia. Sigue, Gil.

—Transcurrieron veinte minutos. La llamé y no respondía. Subí. Y ahora, por favor…

—Ya sé, ya sé. No debo reírme. No tengo ganas, caramba.

—Perdona. Subí. Al entrar la vi en idéntica postura de paralización. Alelada, como escuchando una voz que yo no oía. Y seguía sin arreglar. Vestido casero, zapatos cómodos de andar por casa. Me aproximé. No me miraba, no me veía. Y de pronto, rió

suavemente y dijo: “Lo considero muy fácil. Casi aseguraría que lo haré sin la menor dificultad”.

Gilbert Sanders apuró el resto del vasito.

—Hablaba con alguien invisible. No era con ella misma. Créeme. Su cuerpo recobró elasticidad, fue a sentarse, y cerró los ojos. Los abrió al poco y viéndome demostró enojo, acusándose de haberse dormido. No fuimos al cine.

—¿Le mencionaste algo?

—Esta vez sí. Lo hice con ciertos rodeos. Aludí a la primera anomalía y a lo que dijo. Y a la reciente anormalidad y su frase. Al principio me escuchó como una niña oyendo un cuento de hadas. Luego, muy seria, comentó que tal vez tuviera sonambulismo.

—No hay sonambulismo si se está despierto ante un televisor.

—Esto alegué. Pero la veía preocupada. Preferí recomendarle que fuese a ver a nuestro médico de cabecera. Un excelente sujeto. Ya le conoces.

—El viejo Knox es de los menos dañinos en el gremio doctoral. ¿Qué diagnosticó?

—Carencia vitamínica, un régimen menos severo… Ya sabes que Olga tiene propensión a engordar. En definitiva, nada anormal.

—¿Por qué no fuiste a consultar privadamente a Knox?

—Lo hice. Alegando que últimamente Olga manifestaba señales de abstracción, de remontarse lejos con el pensamiento, en fin, de no comportarse como siempre. Knox lo atribuyó al eterno femenino, al anhelo de ser madre, al complejo de contención, etcétera.

—Por consiguiente, como especialista, no encontró el menor motivo para preocuparse. ¿Y tú? ¿Por qué te alarmas?

—Anteanoche, Olga cometió la tercera excentricidad. Idéntica rigidez, alelamiento. Empuñó un cortapapeles. Una especie de daga toledana. Yo leía una obra de consulta sobre Patentes Industriales relacionadas con motores…

Impaciente, Harris alzó la mano. Comprendiendo, agregó Sanders:

—La oí decir: “Sí, está leyendo.” La miré. Ella se aproximaba con el cortaplumas dirigido hacia mi cabeza. La punta bajó hacia mi garganta. La cogí de la muñeca, sin violencia. Reteniéndole la mano. Pregunté: “¿Sucede algo en que pueda ayudarte, Olga?” Su tensión corporal disminuía. Recogí de su mano el cortapapeles. Fingí estar usándolo. Ella fue a sentarse. Sacudió la cabeza, y mirándome, dijo con naturalidad: “No leas tanto, Bertie”. Dejé de leer. Eso es todo.

—Bien. Cada dos noches, desde hace ocho exactamente, Olga exterioriza una anormalidad. ¿A qué hora?

—A la misma aproximadamente. Entre ocho treinta y nueve menos cuarto. Por esto te he invitado a mi despacho. Particularmente, para rogarte que me ayudes.

El orgulloso, el insensible Sanders pidiendo ayuda… Casi emocionado, sonrió Harris:

—Daremos con la solución. Será sencilla, como todo lo que a primera vista nos parece complicado, Gilbert. ¿Cómo enfocaste mi intervención?

—De un modo natural. Yo no puedo ir a cenar, debido a un trabajo complementario urgente. Si tú avisas a Beatrix, pero sin… no sé…

—Comprendido, sin decirle el motivo. Sigue.

—Una llamada de última hora te obliga a posponer tu llegada a casa. Estimo todavía prematuro alarmar a tu esposa aludiendo a… las excentricidades de Olga. Y deseo que personalmente observes a Olga.

—Dando por supuesto que entre ocho y media y nueve menos cuarto, Olga se comporte extrañamente, ¿qué puedo yo resolver que no puedas tú solucionar?

—Aunque sólo sea para evitar mi personal impresionabilidad. Ante un tribunal, poco pesa el testimonio de un familiar emocionalmente predispuesto a favor o en contra. Idénticamente ocurre ahora. Puedes observar con mayor frialdad y claridad de juicio.

—De acuerdo. Aludiste a que por ahora no había nada delictivo, pero que tal vez, después…

—Es imposible que ella pretendiese matarme, Alex, pero si no es dueña de su control… ¿adonde puede llegar su obediencia a un mandato inexplicable?

El inspector Harris se limitó a encogerse de hombros. Levantándose, afirmó:

—A las ocho y veinte visitaré a Olga. Descuida. Mi pretexto será a prueba de bala.

Frunció Sanders la nariz.

Las tareas de un inspector de la Criminal nunca le habían resultado gratas. Ahora, con más razón, las estimaba de mal gusto.

CAPÍTULO III

Olga Sanders era la viva imagen de la esposa ideal. Siempre arreglada, activa, sonriente. Incapaz de emitir conceptos agrios. Una buena muchacha en todos los sentidos, se repitió Harris mentalmente.

—Hace tiempo que no se te ve, Alex. Al oír el timbre, pensé que sería alguna vecina. Bertie tiene llave, como es natural. Por cierto, tardará aún media hora. Lo siento por la cena. Tuve que guardarla en el horno.

Instalándose en el sillón del acogedor *living*, mintió Harris:

—Tuve que trabajar por la vecindad, y ya que estaba casi al lado, decidí charlar contigo.

—¿Conmigo? Dirás con Bertie.

—Contigo, contigo, muchacha. Proyecté ver el modo de alejar a Gilbert, pero dada su ausencia, adelante con mi afición al chismorreo. Casualmente, he sabido que tu adorado marido se forra el estómago con píldoras sedantes.

—Trabaja mucho el pobre.

—Yo no soy ningún gandul, y por ahora no preciso calmantes.

—No puedes comparar tu profesión… Entiéndeme… Bertie, como asesor ministerial, hojea numerosos documentos encima de los cuales existe una etiqueta especial.

—“Top Secret”, de acuerdo. Alto Secreto. Bien, yo examino cajones largos con cadáveres. Detestable, ¿eh? Yo tengo que interrogar a expertos en el arte de mentir y exasperar. Interrogatorios que agotan más al policía que al maleante. ¿Tomo por ello pildoritas?

—Eres más fuerte físicamente. Bertie es un intelectual.

—Y yo un bruto.

Rió ella divertida:

—Un bruto simpático. ¿Cómo está mi hermana?

—Espléndida.

—Si tienes prisa, por mí nada de cumplidos.

—¿Por qué iba yo a tener prisa, chica?

—Despistando miras tu reloj. Ahora mismo acabas de contemplar el dichoso trasto que se te ocurrió regalarnos para nuestra boda.

Señaló ella un reloj de pared. Tirolés, con ventanilla para el pajarillo. Agregó Olga:

—Lo siento, pero el “cú-cú”, cada media hora empezó a resultarme insoportable.

—Esto es lo que me extrañaba. Son ya las ocho y treinta y tres. No oía al agradable pajarraco. Te noto algo ojerosa, Olga.

—Últimamente sentía algo parecido a mareos…

—Vaya, vaya… ¿Cómo llamaremos al rorro?

—No es lo que supones. Por ahora no hay vestigios de que pases al estado de tío.

—Es verdad. En estas cuestiones de familia yo ando algo despistado.

Levantándose, brindó ella:

—¿Una copa de qué, Alex?

—Cualquier cosa. O mejor dicho, nada. En definitiva…

Olga Sanders pareció crecer. Su agradable semblante adquirió una tirantez extraña. El cuerpo elástico perdió la flexibilidad. Los ojos en alto, ladeada la cabeza, Olga Sanders escuchaba.

En silencio, el inspector Harris entornó los párpados.

Olga Sanders silabeó despaciosamente:

—No es mi marido, no. Es mi cuñado el inspector Harris.

Siguió ella escuchando. Dio una cabezada de asentimiento. Girando lentamente el cuello miraba en torno.

Echó a andar como un pelele dotado de muelles. A sacudidas impresionantes. Deteniéndose ante las estanterías de la biblioteca esquinada, fue recorriendo con el dedo los dorsos de los volúmenes alineados.

Silabeaba:

—Tratado de la Limitación de la Voluntad.

Lo repitió tres veces. Extrajo un libro. Volvió a tender el oído. Y asintiendo fue a sentarse.

Alex Harris había tomado una decisión. Se levantó:

—Como actriz eres magnífica, Olga. Dotes insospechados, caramba.

Ella seguía ausente. Iba haciendo correr páginas, y empujándolas suavemente con el anular y el dedo medio.

—Ya está bien como representación, Olga. Ignoraba que en vez de jugar a la canasta, pasas tus horas libres en alguna sociedad de esposas ambicionando superar a la Taylor.

El índice de Olga apretó una página, bajo un número. A su lado, leyó Harris, en voz alta:

"Accidentes vasculares cerebrales…"

Olga Sanders leía moviendo los labios. Sin articular. Harris, con cierta precaución, aplicó la palma en el hombro femenino:

—Muchacha, si quieres un consejo, vete a visitar al doctor Knox. Me voy. Saluda a Gilbert.

Caminó hacia el pequeño recibidor. Abriendo la puerta volviéndola a cerrar. Permaneció en el dintel.

Olga seguía leyendo. Cerró el libro, llevándolo con pasos de autómata hacia las estanterías. Un robot de carne y hueso.

Dejó el libro donde lo había encontrado. Y sacudió la cabeza.

Sus ojos perdieron vaguedad. Su cuerpo recobró la normal distensión. El inspector Harris. simuló proseguir una conversación

—…aunque te parezca mentira, no me avergüenza reconocer que para mí no existe otra mujer, salvo Bea.

—Mi hermana es formidable… ¿Por qué tú no eres tan fácil de complacer como Bertie?

—Vaya… ¿Os contáis secretillos? Espero no ser culpable de demasiadas imperfecciones.

Riendo, junto a la puerta que abría Harris, manifestó Olga:

—Bea no se queja. Si tú eres dominante, ella nació para ser dominada, según su propia confesión. Sobre todo teniendo en cuenta

que, al parecer, mandas con mucha diplomacia, empleando determinado sistema —y acentuaba la sonrisa, agregó—. La caña de azúcar. Mitad caña, mitad azúcar.

—Ese soy yo, cuñadita. Buenas noches.

Poco después aparcaba Harris en la zona reservada a altos empleados ministeriales. Vino Sanders a instalarse a su lado.

—¿Y bien, Alex?

—Emplearé tu prudente estilo de leguleyo. Existen indicios anómalos evidentes que obligan a suponer una influencia sospechosa en la voluntad de la señora Sanders. Si cabe generalizar, y estimado cierto desequilibrio universal como base de primera indagatoria, he establecido tres teorías primarias.

Gilbert Sanders procuraba escuchar, controlándose.

—La primera teoría eliminada en ti toda sospecha de invención, maquiavelismo o tendencia visionaria. Personalmente he presenciado una actuación convincente.

—¿Convincente?

—El hecho de que una mujer demuestre durante veintiocho años una total sensatez, no elimina, sino que casi refuerza, la posibilidad de que el tedio la conduzca a excentricidades simulatorias. Más claro, Gilbert, mi segunda teoría radica en la sospecha de que Olga simule estados catalépticos, telepáticos o cómo se llamen.

—Descarto totalmente esta teoría. Ella no es una niña tonta.

—Puede albergar una frustrada ambición de actriz. Si te convence a ti, si me impresiona a mí, ¿no serían pruebas aplastantes de que sirve para actriz?

—Absurdo, si me permites la rudeza.

—La permito, tolero y acepto. Pero mi profesión exige un ABC: no descartar cualquier teoría. Pasemos a la tercera; una influencia externa, tan especial, tan potente, que a través de muros, impone su mandato.

—Esta es mi sospecha.

—Considerando nuestra condición de mayores de edad, en pleno dominio de nuestras facultades mentales, y resultando ser, ambos, expertos en aceptar únicamente lo concreto, lo real, lo indiscutible, dígame, señor abogado, ¿cree usted en poderes magistralmente mágicos?

—Me atengo a la evidencia por ti presenciada. Olga oye…

—O finge oír. Bien, bien, demos por sentado que oye una voz o voces de mando a control remoto. Haré lo único posible. Investigar entre las relaciones de Olga. Vigilarla, si es preciso. Con suma discreción, no te preocupes. Te informaré apenas obtenga algún resultado positivo.

Relató Harris lo ocurrido. Y su fingimiento de no haber visto ni

oído nada anormal.

Vio alejarse la alta figura del asesor ministerial. El erguido y aplomado Sanders, mostraba tendencia a encorvarse, a caminar como un hombre abatido por un exceso de fatiga mental.

CAPÍTULO IV

Beatrix Harris, poseía un gran parecido físico con su hermana gemela Olga. En carácter era totalmente distinta.

El sentido positivo, la seriedad fundamental, la actitud protectora de Olga contrastaban con la agradable frivolidad, la alegre despreocupación y la actitud sumisa de Beatriz.

—¿Qué tal la cena, gran jefe?

—Fabulosa. Cada día que pasa, más que ayer, menos que mañana. Es decir, cocinas como un maestro francés.

—Hagamos una apuesta, Aleale…

—¡Rediez! Ya sabes que me revienta el diminutivo ese.

—Perdona, amor mío.

—Excúsame tú, nena. A ratos soy grosero. Se deberá a las malas compañías. Hoy mismo, pasé una tarde de alivio con los dos primitos Mike y Pat. Les encomendé el interrogatorio de un hampón, y daba pena. Era el detenido el que iba averiguando las intimidades de Pat y Mike.

—Aunque lo niegues, Pat y Mike te son muy útiles. Tú lo dijiste.

—Porque de tan sanos y poco malpensados, es un alivio oírles. Y sin proponérselo, resuelven ellos con una frase inesperada, los casos más intrincados, más… ¡Caramba! Eres un auxiliar formidable, Bea. Me diste la idea. Voy a localizar a Pat y Mike.

Pat y Mike Michael prolongaban mucho la sobremesa. Compartían un estudio en una lóbrega callejuela del Soho. Bebían cerveza negra en su charla con grandes pausas silenciosas.

Ex boxeadores, ex aspirantes a timadores, habían conocido a un policía que les fue inspirando afecto, confianza y casi idolatría.

Para ellos el tema favorito era el inspector Harris.

—Estás tú muy seguro que Harris no se encrespó esta tarde —rezongó el macizo peso welter Pat,

—Pupila que tiene uno —afirmó el compacto peso medio Mike—. No pretendo ofenderte, Pat sin ser un cretino integral, no vas tú ahora a creerte un cerebro superdotado. Vamos, digo yo.

Saboreando la tercera jarra de cerveza pastosa, chasqueó Pat la lengua. Opinó:

—Tiene un gustito de miel cada vez más sabrosón. Hablaste de pupila. Entre un cegato y tú la diferencia es que tú no llevas gafas. Se te subió el favor a la mollera.

—¿Qué favor, si es que puede saberse?

—Harris, por lo que fuera, en vez de llevarnos a la cárcel, nos dijo que necesitaba agentes. Eventuales, a prueba. Y a eso es a lo que le tengo yo miedo. Que nos someta a prueba.

En pijama, tendido en el sofá, Mike se dio masaje en el dedo gordo del pie. Comentó:

—Debe ser reúma. En cuanto entramos en primavera, aparte notarme todo retozón y triscador, que por cierto, oye…, ¿te fijaste bien en Olimpia?

Evocando a Olimpia, puso los ojos en blanco.

—¿Dónde está el miedo? —quiso saber Mike.

—¿Cuál? Eso digo yo. ¿Dónde está que no lo veo? Ah, te refieres a someternos a pruebas. Pues sí, no lo veo claro. Me temo que pilles a un carnicero cuchillo en mano, degollando a una anciana, y arrestes al nieto de la degollada.

—Oye, lo malo contigo, es que te crees irónico, sarcástico y demás. ¡Eh, llamaron!

—Llamaron. ¿Quién será? A estas horas hay que descansar, y no jorobar.

—Abre y nos enteraremos.

Repantingado en su cama-sofá, en camiseta y corto pantalón-pijama, Pat Michael denegó con el índice:

—A este nene no le joroban cuando está en la gloria.

—¿Y si fuera Olimpia?

—No iba a pegar tan duro.

—Es recia, altiva, fuerte, una verdadera diosa… Me insinuó que tú le caías muy bien.

Con agilidad, Pat Michael saltó del sofá, y en tres zancadas abrió la puerta. Su expresión anhelante se trocó en mueca respetuosa.

El inspector Harris entrando, manifestó:

—Mi visita es particular. Olviden quién soy. Dejen en paz las camisas. Sigan como están. Vine a charlar, fuera de todo convencionalismo jerárquico. Más claro, ni inspector, ni agentes eventuales.

—¿Cerveza, inspector? ofreció Mike en pie.

—Tenemos también champaña, inspector —sugirió Pat en pie—. No es que nos guste, pero fue un regalo. A mí esta agüilla con burbujas amarillas, se me antoja una solemne marranada…

—¿Y por eso me la ofreces —rió Harris complacido—. Prefiero cerveza

Le agradaba mucho conversar con los dos primos Michael. Se

instaló en el sillón que a la vez le mostraban ambos irlandeses.

—Anoche, el combate Ellis-Quarry me aburrió bastante. ¿Y a vosotros?

—El negro tiene idea —reconoció Mike— Pero Jerry encajó y cascó lo suyo.

—Casi fue un robo, salvo su mejor parecer, inspector —expuso Pat—. No tengo nada en contra los morenos. Precisamente un buen amigo nuestro, es Kiddy Kingston, de Jamaica. Un chico que llegará.

—Llegará a embrutecerse pronto, porque le endilgan unos palizones que vamos, ni siquiera a mí me los cascaban —aseguró Mike

—Oiga, inspector, ya que vino y está aquí, para que no queden dudas, yo creo que esta tarde no estuvimos muy bien interrogando a Soap.

—Por eso le apodan así, muchachos. Es jabonoso, escurridizo. Un viejales veterano en burlar a la policía Abordaré el asunto que me trae. Necesito un servicio particular, un favor vuestro.

—Hecho.

—Mande.

—En la dirección aquí anotada, habita un matrimonio a quien aprecio mucho. Ella, honesta y sensata, ha de ser vigilada discretamente. Pregunta, Pat.

—Si es honesta y sensata, ¿para qué la hace vigilar el marido?

—El marido, no. Yo.

—Ah… Pero usted es casado, ¿no? Y si la esposa es de otro…

—Te callas, Pat. El chico tiene buena intención. No da más de sí. Somos todo orejas, inspector.

—A las ocho, mañana por la mañana, empieza vuestro servicio. Visitas que recibe ella. Visitas que hace ella. Todo bien anotado con el máximo detalle Este servicio terminará a las nueve de la noche de pasado mañana. Solamente me informaréis a mí. Pregunta, Mike.

—Si supiéramos, a modo de orientación, la sospecha que recae sobre la sospechosa, podríamos afinar mejor, ¿verdad Pat?

—No anda errado Mike, no. Si sabemos que se trae entre manos la señora de marras, ya sabríamos cómo actuar, digo yo, vamos.

El inspector Harris terminó su jarra de cerveza negra. Expuso:

—Es de admirar vuestra penetración, muchachos. Me conmueve vuestro deseo de que la policía londinense supere a los bomberos de Dakota.

—¿Los bomberos de Dakota? —repitieron a la vez ambos primos.

—Eran tan formidables, que acudían a apagar los incendios antes que se iniciasen. Es un símil muchachos, una paradoja. Aplicado al caso, significa que si yo supiera lo que puede hacer la señora Olga Sanders, no estaría aquí. Ni sería necesaria la policía investigadora, si ante un indicio sospechoso, a la vez se consiguiese la solución. Por lo

general, indagamos ante un cuerpo sin vida, deduciendo. Ahora se trata de actuar, con deducciones, antes de que se presente ese cuerpo sin vida. Para evitar alguna acción violenta, delictiva.

Dejó que las ideas fueran filtrándose en ambos irlandeses.

Añadió:

—Remacho vuestra misión. Vigilar sin que ella lo sepa, ni se dé cuenta, todos los pasos de Olga Sanders.

A solas nuevamente, Pat Michael, opinó:

—No está nada claro este asunto, Mike.

—A quién se lo dices… Mañana será otro día. Dormir aclara las ideas.

—Ojalá.

El inspector Harris detuvo su coche ante el número de Edgware Square. Todavía quedaban remansos apacibles en Londres. Una plaza casi provinciana Poco transitada, porque no era paso a ninguna arteria principal.

Casas de dos plantas. Jardincillo delantero. Un porticón de madera que podía abrirse con simplemente pasar el brazo, y alzar el pestillo. Unos peldaños. El porche.

Había luz en el despacho del doctor Knox. Un médico estudioso, campechano, pleno de bondadoso escepticismo.

Un solterón empedernido. Una enfermera de servicio que se iba a las siete. Una cocinera y mujer de faenas que se marchaba a las nueve.

Pulsó Harris por tercera vez el timbre. Oía su eco interior.

Pero el doctor Knox no acudía. Debía taponarse los oídos para no ser importunado.

Bajando los peldaños, contorneó Harris la fachada, deteniéndose en el gran balcón saliente y esquinado. Y brotaba luz por entre dos cortinas mal ajustadas.

Aplicó Harris el ojo izquierdo contra el cristal. Veía unos cuadros entre anaqueles de libros. Un trozo de la gran mesa. Parte de un batín casero. Un busto humano, de blancos cabellos, reclinado en la mesa.

Y un brazo colgando inerte. Destilaban sangre los dedos.

El doctor Knox no acudía a abrir por completa imposibilidad física. En su nuca sobresalía el mango de artesanía Toledo de una daga.

Un cortapapeles.

CAPÍTULO V

A las diez de la mañana, Olga Sanders logró aparcar en una zona

ostentando el cartel: “Reservado. Salón de Belleza Sandro”.

Había seis espacios entre rayas, alineándose ante un edificio de tres plantas. Ultramoderno. Estructura de hierro, armazón de cromados y cristales.

Cada planta lucía en caligráfico fluorescente, color sonrosado, el mismo nombre: “Sandro”. Y en apliques plateados: “Salón de Belleza”.

En la planta baja, la recepcionista Diana exhibió la sonrisa profesional, al mostrarle Olga Sanders la tarjeta mencionando día y hora.

—Tenga la bondad, señora. En la sala cinco le atenderá personalmente Sandro.

Manipuló Diana en la centralilla, insertando una clavija, mientras Olga se dirigía a la exquisita salita, de confortable sillón, gran espejo y mesa lateral con revistas, cigarrillos y bombones.

Un decorado blanco, plata y rosa.

Por el micro susurró Diana:

—Su clienta especial, Sandro.

En la planta primera estaban las salas de masaje, baños turcos, injertos cutáneos y maquillajes adoptados a las características más personales de la exigente clientela.

En la planta segunda, salas de Sauna, relajamiento muscular y nervioso, baños sedantes, terapéutica de reducción de peso con positivos resultados de disminución de la temible obesidad.

En la planta baja, cortinajes plateados aislaban las salitas donde individualmente era atendida cada cliente que deseaba un peinado con la famosa rúbrica personal, la *griffe* de monsieur Sandro.

Confortables sillones, revistas, cigarrillos y la prensa diaria, se destinaban a los posibles acompañantes del género masculino.

La recepcionista Diana contempló con curiosidad a los dos recién llegados. Caras brutales, narices aplastadas, y trajes bien cortados.

Mike Michel tomó la palabra:

—Buenos días. Nuestras esposas van a venir. Quedamos citados con ellas aquí.

Señaló Diana el amplio vestíbulo:

—Acomódense, señores.

Eligió Mike los dos sillones más alejados de la recepción. Los más próximos al cortinaje que aislaba la sala cinco.

Comentó Pat:

—Vaya lujo, tú. Peinarse aquí debe costar un riñón.

—Y parte del otro. ¡Agua!

La mención del líquido execrado por su primo, hizo que Pat dirigiese también la mirada hacia donde redondeados los ojos, miraba Mike.

Por la amplia escalinata, desdeñando el ascensor, descendía

Sandro. Escarpines de ante gris, estrecho pantalón lila, ceñida blusa rosa cerrada hasta el cuello.

Sobre el bolsillo izquierdo el nombre Sandro estaba bordado en rosa y plata. La rubia melena de Sandro era espesa, sedosa. La laca mantenía en alto la parte frontal.

Finas cejas sobre grandes ojos verdes. Breve nariz, pequeña boca carnosa. Un cutis de porcelana.

—Caramba. Fíjate cómo mueve las caderas el muy… desgraciado.

—Son sus caderas, no las tuyas —rebatió Mike.

—Da asco lo bello que es el mancebo.

Monsieur Sandro se acodó delicadamente en la incurvada herradura de Recepción. Indagó en voz baja:

—¿Quiénes son esos dos sujetos, Diana?

—Aguardan a sus esposas.

—No me molesten bajo ningún concepto mientras atiendo a madame Sanders…

El famoso peluquero, último descubrimiento de la alta sociedad londinense, acudió contoneándose. Dedicó una dulce sonrisa a ambos irlandeses acompañándola de leve reverencia muy grácil.

Desapareció tras la cortina.

Olga Sanders acogió con agrado al experto en estética. Era muy correcto, poco hablador y poseía unas manos milagrosas. En un instante, con digitales sacudidas, recomponía el contorno capilar.

Sus peinados eran exclusivos. Tenían el toque artístico de un creador. Empleó primero los dedos. Después en peine especial de púas cortas y espaciadas.

Iba modelando otra creación.

Fuera, tras un prolongado silencio, murmuró Pat:

—Si callo, exploto. Ese mariposa me ha revuelto el desayuno, Mike.

—Todos tienen derecho a la vida. Si nació así, ya tiene bastante castigo y hemos de ser benévolos con la desgracia ajena.

—Lo que me fastidia es algo realmente pasmoso. Nadie pone en duda que soy muy hombre, vamos, digo yo. He visto fenómenos de mariposones como éste. ¿Por qué motivo me ha puesto nervioso este gandul con su batita rosa?

—No hagas caso. Es la primavera.

—Ya… ¿Cómo que la primavera, so mulo?

—Lo de nervioso. La sangre se altera. Fíjate en el bombón del mostrador.

—Es una estafa. Me refiero al peluquero. Tiene ojos de mujer, camina como una mujer, mira como una mujer…, y eso tiene que pagármelas. Apenas asome el casco.

—¿Bajo qué pretexto?

—Cualquiera será bueno. Es la primera vez en mi vida que… vamos… no hay derecho…

—Tú mismo te alborotas y te lo dices todo. Vas a quedarte muy quieto, Pat. Estamos de servicio. Vigilancia discreta. Arma un lío, y te las entenderás conmigo.

En el interior de la salita cinco, Sandro empleaba un atomizador. Dirigía la vaporización hacia las sienes de la clienta.

Olga Sanders cerró los ojos, gratamente entumecida. Adormilada, su respiración fue haciéndose rítmica y pausada. Dormía.

Sandro extrajo de su propia nariz, los dos pequeños tampones. Evitaban que el atomizador de rápida acción hipnótica, la ejerciese en quien lo manejaba. La acción duraba escasamente cinco minutos.

Del bolsillo sacó una especie de cilindro semejante a un grueso bolígrafo. Aplicó la aguda punta en una raíz capilar. Presionó el émbolo.

Repitió por tres veces lo que parecía una inyección. Guardándose el instrumento especial, procedió a vaporizar un líquido refrescante y cicatrizados Dejaba como una leve partícula sólida, como laca incrustada en la raíz capilar.

Volvió a acomodar el mechón, afianzándola con laca. Otro atomizador exhalaba olor a menta. Despejaba mucho. Siguió peinando y al pestañear Olga Sanders, expuso Sandro:

—Tuve el honor, madame, de atenderla personalmente hace diez días. Le garantizo que este nuevo modelo se mantendrá en perfecto estado otros diez días. Beso su mano, madame.

Olga Sanders, saliendo, se dirigió a la recepción. Diana era también la encargada, de percibir los honorarios del artista Sandro.

Sandro, en el interior de la salita, hizo un gesto asombroso, impropio de un varón. Se ajustó la ancha y sutil elástica que le presionaba, igualando la parte superior del torso con el relleno contenido en la malla elástica bajo el busto.

La bata rosa ceñía así un torso sin relieve delatador.

Apartó nuevamente el cortinaje, pero esta vez descorriéndolo. Contempló a los dos individuos que aguardaban. La voz de Sandro era meliflua:

—Si los señores desean acortar la molesta espera, me tomo la libertad de indicarles que tenemos un bar precioso, muy lindo.

—¡Quieto, Pat! Este… joven es cortés. Nos habla del bar, por si nos aburrimos.

—Sus señoras esposas, ¿tienen hora fijada?

—Vámonos, Pat. ¡Venga!

Olga Sanders se encaminaba hacia la salida. Insistió Sandro:

—Si aguardan en el bar, no se impacientarán.

Mike asió de un codo a su primo, apresurando el paso.

Diana interpretó adecuadamente las señales de las ágiles manos de Irma Sandro.

Pulsó un timbre. Del contiguo despacho salió una morena de exótica belleza. Indicó Diana las dos siluetas atléticas abandonando el edificio por la ancha puerta cristalera y giratoria.

—Sígueles, Gaby. Hemos de saber quiénes son.

Al volante del destartalado “Morris”, refunfuñó Pat Michael:

—Mañana noche a las nueve termina esta pejiguera de seguir a una señora. Voy a darme el gusto de arreglarle el físico a ese rubito.

—No pierdas de vista el coche de la señora Sanders. Olvida ya al mequetrefe. Sería un abuso que lo machacases. El pobrecillo nació así

—Mira, yo no soy una lumbrera, de acuerdo. Pero me guío mucho por el instinto. He visto a otros afeminados, y ni fu ni fa. Asquito. Pero lo que hoy me ha pasado, vamos, es vergonzoso. A ti puedo confesártelo. Ver al… fenómeno ese de Sandro, y ponerme yo todo raro, fue toda una.

—Tu virilidad se ofendió. Eso es todo.

—Qué vergüenza… Hasta hoy estaba yo muy seguro que nunca, nunca podría ocurrirme algo parecido.

—Tiene una explicación que de tan sencilla es idiota.

—Entonces la entenderé —decretó Pat Michael ansiosamente.

—Hablábamos de Olimpia mientras seguíamos a la señora… que entre nosotros quede… está superior. Luego, atisbamos a la del mostrador, que era un dulce. ¿Vas encajando, Pat? Primavera, sangre hirviendo, y charlando de tres hembras. Sigues hirviendo, pero por culpa de Olimpia, de esta señora, y del bombón. ¿Aclarado?

Se dilató la boca de Pat Michel en risa agradecida:

—Gracias, Mike. Todo aclarado. Bueno, la señora regresa a su hogar. Aquí no ha pasado nada.

—Nada de nada. Primero de compras alimenticias. Luego a la peluquería. Aparca en aquel estacionamiento. Nos vamos a aburrir como ostras. Por suerte traje el tablero de damas.

—Estás en todo, Mike. No se te escapa nada.

Junto al “Morris” estacionado, se detuvo un lujoso “M. G.” descapotable.

Asestó Pat un codazo a su primo:

—¡Caramba! Vaya doncella. Se parece a alguien de fuera.

—¿Por qué de fuera?

—Ninguna británica tiene esta morenez tan tropical. Esta criatura es fascinante. “Ojos de noche abismal” —tarareó Pat, aclarando—: Lo cantaba aquella negrita tan rumbera que nos presentó Kiddy.

—Esta maravilla es de raza blanca —dictaminó Mike—. Cubana quizás.

La marsellesa Gaby, cinturón yudoka, grado diez, contemplaba en

un espejito su exótico semblante, en espera de entrar en acción.

CAPÍTULO VI

Cerca de la avenida Buckingham, tras el puente Eccleston, y en torno a las plazas, Warwick y Saint-George hay un barrio decrépito.

La pátina de las grandes fachadas de estuco, antaño suntuosa, encaja con la mediocridad de las casitas de rojo ladrillo, defendidas por feas rejas de hierro. Viviendas de funcionarios.

A intervalos se incrustan edificios modernos, subdivididos en estudios. Ofrecen a secretarios y taquimecas, la posibilidad de desarrollar sus personalidades, lejos de la vigilancia de los padres y la curiosidad de las vecinas chismosas.

El inspector Harris seguía meditando como un transeúnte ocioso, que aparentemente cierta juventud actual parecía querer alcanzar la completa irresponsabilidad, como si fuese el ideal de vida. Algo así como avestruces sumiéndose en alcohol, drogas y obras de ensayo.

Pero pasaba con las apariencias juveniles del barrio, lo mismo que con los edificios.

Un enorme fraccionado por tabiques movibles en secciones, llevaba un letrero en la puerta:

Laboratorio de Slogans, S. A.

Escritores, dibujantes, pintores, músicos. Selecciona dos para trabajar en equipo. Creaban estupideces geniales: “Choco-Cric, delicia del Picnic”, por ejemplo. Esta era la pantalla.

Al fondo del enorme estudio, tabiques revestidos de aislantes, insonorizaban las conversaciones. Tras la grandiosa mesa en semiarco se hallaba el director del equipo.

Cambiaba con frecuencia el personaje, pero siempre ostentaba el mismo apellido. Un apellido extravagante Cordinator.

Tan sólo una sección muy especial del servicio secreto conocía la verdadera identidad del jefe y equipo de laboratorio.

Cordinator, en aquel viernes, era un cuarentón de cráneo rapado, redondo semblante plácido y anatomía adiposa. Pero las pupilas de color gris plomo eran como diminutas perforadoras, pensó Harris.

Perforadoras que podían barrenar la muralla más compacta cercando el caso más hermético.

—Su llamada telefónica me interesó, inspector Harris. También me interesa saber, si es posible, cómo localizo mi número privado.

—La muerte de un diplomático centroeuropeo tenía ramificaciones ajenas a la Criminal. Un amable joven colaboró en el anónimo, resolviendo el enigma. Hace seis meses. Me anotó de su puño y letra, en mi agenda, la dirección y el teléfono.

—¿Puedo saciar mi enfermiza curiosidad? —y Cordinator tenía la palma.

Depositó Harris en ella su agenda abierta. En voz alta leyó el rechoncho cuarentón:

—23… 1… 18… 23… 18… 11. BCAFFCB. Elemental cifrado numérico y abecedario. ¿Le costó interpretarlo, inspector?

—En absoluto. De inmediato lo resolví.

—Entonces su test de aptitud mental dará un coeficiente elevado.

—Normal. El amable joven del servicio muy especial me aclaró que lo sencillo desorientaba las mentes complicadas. Bastaba pues numerar el abecedario. Sustituir las letras de la calle por números, y los números del teléfono por letras.

—¿Y el número de la calle?

—El de la página de mi agenda en que está inscrito este rompecabezas.

—Celebro conocerle, inspector Harris. Nuestro computador arroja una ficha digna de estudio. Haré memoria. No es portentosa. Apenas telefoneó usted, pedí su ficha. Un joven y brillante investigador. Rechaza lo que es anquilosante en la rutina. Comprensivo. Aplica sistemas que al primer estudio parecen inoperantes y contraproducentes.

—¿Por ejemplo?

—Contrató como agentes eventuales a dos ex boxeadores, medio sonados, bonachones, pero rozando la cretinez. Querer saber es mi pasión, mi vicio. Instrúyame, inspector.

—Pat y Mike Michael son elementales y sencillos. Donde un profesional de la investigación presiente complicados misterios, Pat y Mike no pueden embotarse, ya que carecen de mente complicada. Sí, por ejemplo, hallasen un cuchillo hincado en la nuca de un doctor… ¿Sí, dígame?

—En “Ultima Hora, de Madrugada”, la edición del *Mirror* inserta una gacetilla acerca de un doctor asesinado. Descarta el suicidio. El doctor lucía una brecha en la nuca. No se halló el instrumento del crimen. Perdone el inciso, inspector.

—Es usted muy dueño. Si Pat y Mike ven un cuchillo, no analizan si es un ejemplar poco común, daga con grabación dorada, de la artesanía llamada de Toledo que ya fabricamos en Londres. No pensarían si esta daga, empleada normalmente como cortapapeles, tiene en el mango una característica delatora: la esferita rematando la empuñadura, perdió parte del esmaltado en dorado. Una mancha

negra, del metal descubierto.

—Interesante huella demasiado delatadora.

—De acuerdo. Pat y Mike si hubieran visto el cuchillo se limitarían a hacer comentarios del género ramplón, corriente, humanísimo. Y de pronto, oyéndoles, vería yo saltar la chispa reveladora.

—Comprendo. A nuestras mentalidades retorcidas les conviene el complemento de materias grises normales, sanas y rectilíneas.

—Es superfluo que le ruegue que todo cuanto le diga debe permanecer secreto. Su oficio lo exige, lo impone. Anoche, a las veintidós cuarenta y uno exactamente, observé a través de la ventana la anormal postura del doctor Knox. Sobresalía en su nuca el mango de un cuchillo.

—Me encanta interrogar a un policía, Harris. ¿Tiene inconveniente?

—Todo lo contrario. A mí me enorgullece ser analizado por un supertalento de la fría guerra del contraespionaje.

—Gracias. ¿Visitaba usted con frecuencia al doctor Knox?

—Un par de veces, a sus horas de consulta, acompañando a mi esposa.

—¿Acaso su esposa sufre alguna dolencia?

—Anhela ser la mujer ideal. Se agota a temporadas, y el doctor Knox sabe… sabía recetar potingues atóxicos que anulaban el cansancio físico de Bea.

—Visitar a las veintidós cuarenta y uno a un médico, sugieres así, a primera vista, la imagen de un joven atlético impulsado por una repentina dolencia de su bienamada esposa.

—Mi esposa disfruta de excelente salud, gracias. En cambio, mi estimada cuñada padece una rara enfermedad. Ignorada por ella misma, en realidad. No expuesta al doctor Knox, teóricamente. Sin embargo, por recomendación de su marido Gilbert Sanders, visitó ella a Knox. Tres días antes de la muerte del doctor. Figuraba así anotado en el libro horario de Knox.

—Dicho libro obra en mi poder.

—Si la rara enfermedad de su cuñada Sanders, no le fue consultada a Knox, ¿por qué da usted por bueno el testimonio de la única interesada?

—Porque el marido, Sanders, visitó luego privadamente a Knox. Este le tranquilizó. Se trataba solamente de “surmenaje” casero, y agotamiento por régimen de adelgazamiento.

—Soy soltero. Pero si mi esposa manifestase síntomas raros, se los describiría a mi doctor de confianza. ¿Era Knox dicho doctor?

—Lo era. Pero mi cuñado ocupa un cargo comprometido. Asesor legal de la subsecretaría de Industria y Comercio. Usted mejor que yo,

capta las implicaciones.

—El propio ministro, si tiene una esposa algo enfermucha, queda exento de responsabilidad por lo que se refiere a su cargo.

—Salvo que la citada enferma agarre de pronto un cortaplumas en forma de daga toledana y roce con ella la nuez de su marido.

—Resbaladizo terreno el de las relaciones conyugales. No es mi especialidad. Instrúyame, si no le es molesto.

—Olga Sanders no tiene aparentemente motivo alguno de rencor conyugal. Gilbert es metódico, casero, formal y sensatísimo.

—Puede que resulte también pesadísimo en el terreno marital.

—Olga es también un ejemplar reflejo de las cualidades de Gilbert.

—Tenemos hartura de divulgación sobre complejos. A diario nacen retoños en la serie de complejos.

—Por ahora ningún siquiatra ha descubierto un complejo que se presente a ritmo intermitente y puntual. Cada dos noches, entre veinte treinta y veinte cuarenta y cinco. Acaricié la esperanza de que fuera simulación. Actuación de aspirante a actriz. Deseos de romper la monotonía.

—Nunca descarte totalmente esa posibilidad. Existe razonablemente.

—La destruyó la muerte del doctor Knox. Lo eliminaron porque descubrió algo relacionado con Olga Sanders.

—Hábleme sobre su tajante deducción, Harris.

—En el balcón mirador del despacho particular de Knox, no había huellas de forzamiento, ni en ningún otro acceso. Para entrar tuve que romper un cristal.

—Creando confusionismo en la tarea indagatoria policial.

—Me ha sido encomendada a petición propia.

—Cuando lo expedienten, y cumpla su condena, sepa que tiene una plaza bien remunerada en mi equipo, Harris.

—Gracias. Siempre es un alivio. Retiré la daga. Ojeé el libro-horario. En su nerviosa caligrafía había escrito Knox: “Olga Sanders. 21’30 h”. El doctor falleció no antes de las nueve y media ni después de las diez. Flotaba todavía en el despacho el aroma a V*erveine Yardley*, la colonia única y favorita de Olga.

—De venta pública.

—De acuerdo. Pero las huellas de zapatos femeninos… Hubo sangre derramada… Olga calza el 38. En su armario encontré un precioso par de zapatos. Manchas rojizo oscuras, resecas. En mi taller personal, las analicé. La sangre perteneció a Knox.

—Joven matrimonio suele compartir lecho común, y si son de costumbres morigeradas, duermen a hora temprana.

—Una vecina vio salir a Olga, sola, a las veintiuna doce. No la vio

regresar. ¿El marido? Juzgó normal que Olga fuera a adquirir el imprescindible pan, que se olvidó, así como unas aspirinas. Una tardanza de media hora quedaba lógicamente explicada. Una amiga, una charla.

—Coartada perfecta.

—Acusación completa. Mencionó Olga la amiga. Un fallo garrafal, porque dicha amiga entre nueve y diez presidía una fiesta musical y bailable en su propio domicilio, celebrando el cumpleaños.

—Caso resuelto. ¿Por qué me honra con su presencia, Harris?

—Gilbert Sanders manipula cada día documentos y croquis señalados con la mención “Top Secret”.

—Pero él está sano y disfruta de la plena confianza de sus superiores. Supongo.

—Piensa bien. Sin embargo sus superiores, ignoran un leve detalle.

—Aclárelo ya que elevó mi atención al máximo, Harris.

—Olga Sanders es un robot.

CAPÍTULO VII

Para salir del descapotable, la marsellesa Gaby, tuvo que hacer un despliegue gimnástico de sus magníficas piernas. Al quedar en pie, reajustó la tirantez de sus medias.

—Vaya paloma —murmuró afónico Mike—. Inspira poesía rupestre.

Al pasar junto al “Morris”, la marsellesa miró de pronto al del volante. Inclinándose un poco, indagó afectuosa:

—¿No es usted el welter Bob Hopkins?

—No, señora. Soy Pat Michael, ex welter, para servirla.

—Perdone la confusión.

Gaby se alejó. Pat Michael dio una palmada en el volante:

—También es mala suerte, eh? Figúrate si llego a ser Bob. ¿Calaste su acento dulzón?

—Daban ganas de agarrar unas maracas y menear el talle.

—Oye, va siendo hora de mover el bigote. La señora no sale. Con uno que se quede de moscón, el otro puede ir a llenar el buche. ¿Voy?

—Conformes. Media hora, salvo silbato.

—¿Qué silbato?

—Si sale la señora, te silbo.

Pat Michel se dirigió rectamente al “Demon’s Pub” Allí había entrado la prodigiosa morena tropical. No estaba visible. Pero una

camarera bajando por unas escaleras laterales, impulsó a Pat a subir por ellas.

Una serie de tabiques aislaban compartimientos. Hora temprana para parejas ni aperitivos. Al llegar al fondo del pasillo, se detuvo Michael. De perfil, estaba imponente aquella dulce criatura, pensó el irlandés.

Gaby ladeando la cabeza, sonrió:

—Qué tal, Pat? ¿Se extravió?

—Casi. Es hora de comer algo, me dije. ¿Molesto?

—No, no. Siéntese. Yo he pedido un "pájaro azul".

—Ah… ¿Y eso qué es?

—Si lo prueba se sentirá feliz

—Vale.

Por el acústico ordenó ella que subieran otro "pájaro azul".

—¿Era su hermano el que le acompañaba?

—Como si lo fuera. Nuestros padres eran hermanos, o sea que casi resulta lo mismo. Por el acento, ¿tal vez es usted cubana?

—Francesa del sur.

—Falló Mike. Oiga, será cuestión de tomarse unas vacaciones por el sur de Francia, si allá nacen así de guapas como usted.

—Gracias.

La camarera colocó sobre la mesa dos vasos altos. Contenían un líquido de un azul tornasolado. Dijo Gaby, alzando su vaso:

—Chin-chin.

—Eso mismo.

Tenía Michael mucha sed. El escote de la francesa era demasiado amplio, pensó, tratando de apartar la mirada. El brebaje era suave, un dulce terciopelo. Preguntó:

—Qué lleva el mejunje?

—Leche y menta. Usted es misterioso, Pat. Me agradan los hombres así, con rostro viril, duros, peligrosos, aunque mamá siempre me previene, pero yo lo que digo es que si me gustan así, no lo puedo remediar. Soy tonta.

—No, no, la inocencia no es tontería en una muchacha.

—Pero, ¿y si luego resulta que usted es un aventurero?

—¿Yo? Vamos, hombre. Soy policía. Bueno, eventual.

—¡Qué interesante! ¿Estaba al acecho de algún asesino?

—Qué va… Hemos de vigilar hasta mañana por la noche a una buena señora. Y por cierto, tengo ganas de que llegue pasado mañana.

—¿Por qué?

—Le cogí ojeriza a un damiselo.

Un tocadiscos reproducía en sordina melodías. El compás del vals, se trocó en languidez de rumba. Suspiró Michael:

—Esta musiquilla me enloquece. ¿Bailamos?

Dócilmente, Gaby se levantó. En el estrecho espacio que dejaba libre la mesita y banquetas, Pat Michael empezó a contonearse, tendidos los brazos.

Asiendo las anchas manos de Gaby onduló al compás de la rumba. Pat Michael decidió probar suerte. Pasando al ataque lo más que arriesgaba era algún bofetón.

Estrujó en repentino abrazo. Y se puso a gemir extrañado.

Aquellos pasos de baile no los conocía.

Gaby había iniciado un progresivo ritmo, alzando una rodilla. Dolorido, soltó Michel su presa. Con delicadeza, asiendo la diestra de Pat, ella giró un poco.

Pat Michael creció mucho, a la fuerza. En caso de oponerse al giro tuvo la impresión de que le saltaba la clavícula.

Amagó un zarpazo pretendiendo asir el brazo de su pareja. Gaby adelantó la mano de canto. Un toque en la yugular, y las rodillas del irlandés cedieron.

Quedó en vertical, porque "groggy", ignoraba que las dos manos femeninas le sostenían por las orejas. El empujón no lo percibió. Chocó de espalda y coronilla contra el borde de la banqueta.

Al quedar sentado en el suelo, privado de consciencia, seguía en su semblante la expresión de anticipado goce con que le sorprendió la veloz reacción de la yudoka.

Bajando la escalera, pagó Gaby las consumiciones. Dijo amablemente:

—Intentó propasarse. No tiene importancia.

Al pasar junto al "Morris", se detuvo Gaby. Gravemente, afirmó:

—Espero que Pat no tenga nada roto. Adiós.

Cuando Mike Michael iba a preguntar detalles, el descapotable embalaba alejándose.

Pat Michael inició su recuperación con reminiscencia del pasado. Apoyó los dos puños en el suelo, avanzó el busto, dobló una rodilla.

Oía el fatídico conteo:

—…cinco… seis… siete…

En pie, se cubrió en guardia cerrada. Un puño en la mandíbula, otro ante el estómago Sacudió la cabeza, despejándose del todo. Tartajeó:

—Tú que haces aquí?

—Esto te pregunto. Me lo cuentas después. Hemos de volver al servicio. Voy listo contigo.

Bajando las escaleras, dándose masaje en la nuca, indagó Pat:

—¿Dónde está la fiera ésa?

—¿Qué fiera, animal?

La camarera con sonrisa burlona aclaró:

—La señorita dejó pagados los dos "pájaros azules".

Ya instalados, se acodó Pat al volante. A su lado, sugirió Mike:

—¿Cuántos eran los que te atacaron a traición? Tres leones? Ya que hablaste de fieras, so mulo, dime un cuento a ver si me lo creo.

—Yo nunca relato cuentos. No soy como tú, cuando te pegó una zancadilla el carcamal de Soap y luego venga decir que resbalaste. Un enano vejete te tumbó patas arriba.

—Hoy es hoy. Al que encontré noqueado fue a ti.

—Hoy será hoy, y eso no lo puedo negar, pero digamos que no es mi día. ¿Te fijaste en la cubana que es de Francia? Fui a por ella, a ver qué pasaba. Bailábamos una rumba, y la muy indina estaba tan excitante que no me lo pensé más. Me lancé a darle un achuchón. Y ya está.

—¿Cómo que ya está?

—Lo que siguió como no te lo cuente ella, cualquiera se entera. Puede que fuera su novio, asomándose de pronto, con un garrote. ¿Tengo o no tengo un bulto aquí en el cogote?

—Lo reclinabas en la banqueta, borrico. Ten el valor de la franqueza.

—Primero recibí un golpe bajo. Luego me dio ella con una porra en el cuello. Ya sé, ya sé que es vergonzoso que a uno le casque duro una delicada criatura inocente. Pero ya la encontraré algún día ya.

—¿Y qué le harás, campeón? ¿Achucharla asquerosamente a trompadas?

—No.

—¿Bailar otra rumba con ella?

—Lo que me mareó más fue la sandunga que se traía. ¡Oye, mira! ¡Ahí va!

—¿Quién?

—Yo andaré flojo de sesera, pero lo que es tú de pupila, vas aviado.

Siguiendo la dirección del índice de Pat, Mike vio a Beatrix Harris dirigiéndose a casa de su hermana Olga.

Imprecó Mike entre dientes, antes de especificar:

—Hay que ver el desgaste cerebral que me supone tenerte por compañero de investigación.

Ah, ¿pero es que tú crees que hemos aclarado algo?

—¿Cómo puedo yo vigilar a la interfecta sospechosa, si te dedicas a bailotear en reservados? Mientras te iba a recoger del suelo, la señora Olga, salió. Bueno, fueron pocos minutos. No pudo ir muy lejos.

—¡Nos preguntará! Tendré que confesar que estabas en el Limbo. Es bochornoso, hombre.

A los veinte minutos, Beatrix Harris abandonaba el hogar de los Sanders.

Media hora después, los Michel volvían a estacionarse. Expuso Mike:

—Así montamos una guardia discreta y a la distancia oportuna de la casa donde ha entrado la señora Olga.

Ignoraban que era el domicilio del inspector Harris.

Instalado el tablero de damas entre ambos, realizó Mike su jugada favorita. Empujar una ficha con el pulgar mientras avanzaba otra con el índice.

Pat Michael sentenció:

—El día menos pensado te comes el tablero, incluidas las fichas, so lagarto.

—No está claro tu símil, o sea la paradoja animal.

—¡Puerco tramposo!

—Ahora ya está más claro. Pero toda acusación ha de demostrarse, vamos, digo yo…

—Bien dicho —aprobó el inspector Harris, junto a la ventanilla—. ¿A qué debo el inmenso placer de vuestra presencia aquí?

—Pues resulta que la señora Olga entró en aquella casa de los geranios.

—Ya. ¿Y venía de dónde?

—De la otra casa. O sea de la de ella misma.

—Ya. Y no cabe la menor duda de que Olga es la que entró en mi casa.

—Ah, es su casa de usted, inspector. O sea que ahora vigilamos su domicilio —y encogiéndose a un lado, al recibir el codazo, farfulló Mike—: ¿Qué te pasa ahora?

—Ahora he recordado algo bastante raro que me escama —afirmó Pat, tocándose la cabeza—. Cuando la señora Olga salió de la peluquería de muy… de “Monsieur” Sandro, tenía el cabello en alto por el centro y estirado por los lados, ¿sí o no, Mike?

—Pues, sí.

—Y la que entró en casa de la señora Olga, y salió, y se metió en casa del inspector, ¿qué?

—¿Qué, qué? —quiso saber Mike.

—Tenía otro peinado muy diferente, hombre. Yo me fijo mucho, sobre todo si la chica está de rechupete, y lo está, vaya que sí, señor inspector, la chavala que entró en su casa. Es un bombón, un cromó.

—Gracias, Pat. Es mi esposa.

—¡Caramba, usted perdone! Entonces nada de lo dicho, lo retiro todo, no faltaría más… Un momento. Aquí hay otra cosa rara. Salvo el peinado, las dos señoras tienen un parecido fantástico.

—Divaga un poco. Es la primavera —excusó Mike.

—Para celebrarlo quedáis relevados de servicio hasta mañana.

—¿Tanto hemos pifiado, inspector?

—En absoluto. No podíais saber que mi esposa es hermana gemela de Olga Sanders. Os relevo a los dos, porque ya se cuidan de vigilar a Olga. Y a mi esposa no hay quien la cuide mejor que yo mismo, ¿verdad que sí? Hasta mañana, muchachos.

CAPÍTULO VIII

Beatrix Harris acogió la llegada de su marido con el habitual abrazo que contenía fogosidad amorosa. Para él, suponía un esfuerzo desprenderse del placentero enlace.

Era una delicia siempre renovada, como si en su esposa existiesen diversas y desconocidas mujeres. La infantil y alegre, la sazonada en su apasionamiento. La "cabeza de chorlito" que de pronto demostraba una inteligencia asombrosa. Las mil y una cara de Eva, pensó Harris, sentándose a la mesa.

—¿Fuiste a ver a tu hermana?

—Sí. Quería hacerme confidencias.

—¿Qué demontres es eso tan complicado a la vista?

—*Fricandó bechamel rognons*.

—Soy analfabeto en ciencia culinaria, chica.

—Es carne de lechal con riñoncitos troceados bañados en salsa blanca. ¿Te gusta, cariño?

—Está sabrosón, que diría Pat. ¿Y qué le sucede a Olga?

—Dice que últimamente encuentra muy distinto a Gilbert. Como si Gilbert estuviera asustado. "Es algo verdaderamente increíble", le dije. "Totalmente imposible", le repetí.

—¿En qué se basa Olga para afirmar que Gilbert está asustado?

—Pues en majaderías, en que la mira de pronto muy nervioso, en que parece estar espiándola de soslayo, y cosas por el estilo. Yo le dije que pueden ser muchas las causas.

—Dime una.

—Figuraciones de mujer celosa sin motivos, porque como le dije, Gilbert es de los que solamente quieren a una sola mujer.

—Ojalá.

—Como yo.

—¿Por qué entonces juzgas algo normal como increíble?

—Porque Olga asegura que él está asustado de ella.

—No es imposible. Tu hermana es algo mandona y Gilbert tiene la tendencia propia de todo niño que fue empollón. Querencia de madre.

Reía ella muy alborozada. Y opinó:

—Tienes cada cosa, cariño… La madre de Gilbert es un marimacho feo, la pobre señora. Muy autoritaria. Una peste. Insoportable.

—De acuerdo. Y acostumbrado desde su tierna infancia, el hombre, que es un animal de costumbres, adquiere el hábito de su dominado. La necesita. La teme, pero la necesita. Eso puede pasarle a Gilbert.

—Pero mi hermana ni es fea ni es insoportable.

—Razón de más para que soporte Gilbert con gusto y oculto temor la creciente autoridad tiránica de tu hermanita.

—Tú mismo no crees en lo que dices. Haces lo que tantas veces has hecho. Juegas conmigo. Dices sandeces para ver si pico, si muerdo el anzuelo. Oye, estoy rabiando por dentro.

—¿Sí?

—Es increíble lo ciegos que sois los maridos para ciertas cosas. No me conformo, ea. Me he callado hasta hoy, para ver si te dabas cuenta, pero de aquí no pasa.

—Bueno. Aclara ya, muchacha.

—Llevo algo nuevo que avalora las líneas triangulares de mi contextura facial. Y lo llevo hace exactamente dos días. Pero a ti ni fu ni fa.

—Eso de avalorar triángulos y contextos me pasma. ¿De qué se trata?

Con mohín de fingido disgusto señaló ella sus sienes alternativamente y después el alisado en concha en la nuca.

—Un peinado nuevo. Una creación artística. Fue Olga la que me recomendó al gran artista.

—Vaya, pues de veras que te felicito, caramba. Estás estupenda así.

Tendió Harris la mano hacia el doblado periódico. Indagó:

—¿Lleva algo nuevo el *Daily*?

—Yo como solamente leo el Consultorio y las Columnas Sociales, aparte de los programas de TV y cine, de todo lo demás no sé nada. Siempre lo mismo. Vietnam, Israel, Congo, los negros en América, De Gaulle que nos tiene hincha a los ingleses, los estudiantes alborotando…

Harris ya no escuchaba. Lo hacía con frecuencia. La dejaba hablar.

Leyó la breve noticia comunicando el asesinato del doctor Knox. Y la coletilla consabida: “Se carecen de pistas, pero fuentes bien informadas hacen suponer que pronto…”

Dejó de leer noticias políticas, porque había cesado todo murmullo.

Su esposa ya no hablaba.

Se había puesto en pie. Rígida, alelada. Tendía el oído hacia un punto indefinido. Daba la impresión de estar escuchando algo.

Alex Harris sintió un repentina y dolorosa contracción en la garganta. No oía nada, nadie había llamado.

Impávida, como una muñeca desprovista de los resortes funcionales, Beatrix seguía erecta, inmóvil. Su semblante triangular y aniñado, ostentaba ahora expresión de alucinada.

Tras beber un sorbo de cerveza clara, murmuró Harris:

—¿Te sucede algo, Bea?

Persistía la anormal rigidez silenciosa. Beatrix escuchaba una voz invisible. Con mucha atención. Como una colegiala aplicada.

Y replicó con un estilo muy opuesto al suyo característico. Habló lentamente, con entonación henchida de malignidad:

—Me cuidaré de que deje toda investigación.

Sintió Harris un impulso instintivo de abalanzarse y asir por los hombros a su esposa. Para obligarla a despertar de aquella horrenda pesadilla. A ella y a él.

Pero temía un choque emotivo, lo que llamaban “trauma psíquico” los técnicos.

Dio a su voz entonaciones afectuosas:

—Ven acá, Bea. Déjate de bromas pesadas.

Beatrix asentía, pero gravemente. En cabezada solemne, obediente. Obedecía a la Voz. Lo demostró:

—Si fuese preciso así lo haría. Para evitarle males peores, sí. Es preferible denunciarlo como a un maniático agresivo, sí. En vez de matarlo, sí. Es cierto, sí.

En pie, Harris avanzó hacia el robot mental que era su esposa.

Ella sacudió la cabeza.

Pestañeando readquirió humana normalidad. La suya. Sonriente dijo:

—No tenías que levantarte, Alex. Ya iba yo a buscar el postre.

—No quiero postre. Te sientas y me escuchas, ¿estamos?

Sentándose, se alisó ella la falda. Una colegiala esperando la reprimenda del maestro adorado. Musitó:

—¿Qué hice yo ahora para que te pongas así tan fiero, amor mío?

—Es para volverse loco, maldita sea —resopló Harris, perdida su propensión al humorismo—. Cállate un poco, preciosa. Déjame coordinar.

Recorriendo el comedor-*living* a uno y otro lado, tuvo que esforzarse para recordar que había dado a Sanders su palabra de honor de guardar silencio sobre el raro caso de Olga.

Que acababa de repetirse en su propia esposa.

—¿Puedo hablar ya, cariñín?

—¡Demontres! Ahora mimito, y antes que si denuncia por

maniático y agresivo además… No me hagas caso, Bea. ¿Por qué no vas a tenderte un poco?

—¿Tan pronto, tigre? —sonrió ella, halagada.

—¡Qué tigre ni qué buñuelos! Es que te noto algo paliducha, y una buena dosis de reposo no te sentará mal.

—Tú sí que estás paliducho, mi vida. Como si vieses fantasmas o yo qué sé… Mira que eres raro.

—¿Yo, eh? Lo que me faltaba por oír. ¿Yo raro, eh?

—No te encrespes, hombre. Hablaba por hablar. Si además, ya lo sabes, chatín. Verte así me entusiasma. Eres primitivo, brioso, como un guapo rey de la selva. Me está mal, como mujer, confesarlo, pero cuando te veo así de incomprensible y feroz, me entran ganas de matarte a besos.

—Ay, Dios —suspiró Harris, resignado—. La escogí yo. Y lo peor es que la quiero horrores.

—¿Con quién hablas, besuguín, si estamos solos?

—¡Contigo, caray! Mira, por una vez en tu vida, vas a hacerme caso, y obedecerás ciegamente lo que te ordene.

Simuló ella una reverencia:

—Soy tu esclava, oh, gran señor. Tus mandatos son para mí gratos deseos. Pero mira que eres estrambótico… De pronto me contemplas como una fiera temiendo que su cría padezca de paperas.

—Si te sigo escuchando voy a terminar chupando un biberón y echándome talco en las posaderas. Oye, niña, a partir de ahora y hasta nueva orden no sales de casa para nada. ¿Está claro?

—Claro no lo está, pero basta que así lo quieras para que yo obedezca sin rechistar. Nací esclava, dice Olga. Nací para ser dominada por el rey de la naturaleza… ¡Huy, si fuera verdad!

—¿Qué es lo que ha de ser verdad?

—Para algo soy esposa de un talento policial. No quieres que salga. Me preguntaste dónde fui esta mañana. Me ordenas reclusión. ¡Ay, qué bueno! Mi tigre está celosillo. Eso me halaga horrores, amor mío. Pero a la vez debería sentirme ofendida. Para mí en todo el mundo entero, incluyendo a Martín Landau, sólo hay un hombre. Tú, guapazo mío.

—¿Quién es el tal Landau?

—Claro, si te duermes ante la pantallita, aunque echen “Misión Imposible”. Yo lo que digo es que…

—Es que te vas a tender y de prisa. Recuerda lo que te recetó el pobre doctor Knox. Reposo absoluto después de comer. Venga.

—Voy.

Se dirigió Bea al diván del tresillo, y tendiéndose, argumentó:

—Dormir no puedo. Supongo que no estará prohibido encender la TV.

—Enciéndela. He de irme corriendo. Tengo cita urgente con el equipo.

Llegaba ya a la puerta. Se detuvo. Preguntaba Beatrix:

—¿Quieres que me pase toda la tarde oyendo la infernal voz de la duda?

—¡No!

Regresó lentamente Harris, inquiriendo:

—¿Qué infernal voz es ésta?

—La oigo con frecuencia.

—¿Ah, sí? Venga, aprisa. Cuenta.

—Siempre que te olvidas de besarme antes de irte, me paso horas y horas oyendo una voz chismosa que me dice que ya no me quieres, que amas a otra, que soy poca cosita para tanto hombre como eres tú solo.

El inspector Harris besó con intenso afecto a su esposa robot.

CAPÍTULO IX

El doctor Cyrus Vernon tenía un aspecto completamente normal. En contra de lo que esperaba el inspector Harris.

Había convencionalismos inevitables. Un médico para locos acababa por sentirse peor que su propia clientela. Era fatal, decían los chistosos.

—Me ha puesto en antecedentes de su visita nuestro común conocido Cordinator. Tengo entendido que usted le llamó telefónicamente solicitando consultar a un especialista de toda confianza. Le dio mi dirección y es mi deseo poderle ser útil, inspector.

—Gracias. No quisiera parecerle brusco, pero más que una conferencia documentada sobre enfermedades nerviosas, deseo orientación sobre materias en las que, si bien no estoy capacitado para negarlas, profeso mucho escepticismo.

—Cada ciencia requiere un largo aprendizaje constante. La incredulidad es lógica en quien tiene una profesión positiva, que se atiene a hechos reales, como es la suya. Puede exponer cualquier género de duda sin que por ello, le considere a usted un afectado clínico.

—¿Es posible la telepatía?

—Si el sujeto receptor es altamente influenciable a la sugestión de un intermediario, la telepatía existe. Es un fenómeno común. Son facultades desarrolladas en los procedimientos yoga. Facultades

consideradas “paranormales” por la actual “parapsicología”.

—¿Es posible una telepatía que ejerza un control muscular?

—Cuando usted quiera puedo demostrárselo.

—¿Cómo?

—Basta una silla a distancia de metro y medio de otra silla. Se elige el sujeto. Yo mismo, ante usted, en unos tres minutos haré que el sujeto elegido quede en estado de plena rigidez muscular, reclinado de nuca y tobillos en los respaldos de ambas sillas, elevado a la distancia del suelo que media entre rebordes y conteras de las sillas.

—¿Puede colocarme a mi así?

—No. Usted no es neurótico.

—¿Qué debo entender por neurótico?

—Sujeto impresionable por razones deficitarias de sus neuronas, que le colocan en estado especial psicosomático.

—Por favor, considéreme analfabeto en psiquiatría.

—Puede ser sometida a control mental y muscular toda aquella persona sugestionable cuyo organismo sufra una carencia, indolora, de la adecuada nutrición de sus células nerviosas. Abundan, créame. Y no ha de ser precisamente visible y con los síntomas característicos de demencia. No existe locura alguna en los sujetos neuróticos que no se hallen en avanzado estado de… llamémosla así, para su mejor asimilación… anemia del sistema nervioso y medular. Un elevado porcentaje…

—Perdone, profesor, y no es ironía. Soy un discípulo. Todo lo referente a neuronas, mente, espíritu para mí es puro chino.

—Los mismos técnicos, entre los que me incluyo, seguimos a tientas, buceando en la “phren”, mente, espíritu y su “logos”, tratado, estudio. Frenología. Ciencia que ya aparece en los Diálogos de Platón… Perdóneme.

—Comprendo que soy incorrecto, pero me atormenta mucho un problema, que ayer era ajeno, y hoy es personal. En el sentido de que me afecta personalmente, por tratarse de una mujer que estimo en mucho. ¿Puede existir una fuerza oculta capaz de dirigir desde lejos el cerebro y los movimientos físicos de una mujer?

—La acción verbal y directa, influye indiscutiblemente. Por hipnosis principalmente, por métodos persuasivos… Ahora bien, el control remoto pertenece a un estado todavía en exploración. Y ahora, por favor, no me interrumpa. Los electroencefalogramas vienen a ser sondas del profundo mecanismo cerebral. Un cerebro, pesando escasamente 1.400 gramos, se compone de diez mil millones de células y cien mil millones de células neuroglias aproximadamente, con un número astronómico de conexiones. Se conoce la marcha de las ondas cerebrales. Se consigue, en parte, influirlas, paralizarlas, modificarlas. El cerebro tiene una actividad eléctrica y recibe y

elabora mensajes, pero directos, repito, directos. De persona a persona. Usted y yo frente a frente. Sujeto y psiquiatra.

—Por consiguiente descarta usted cualquier clase de automatización de la mente y de los reflejos musculares.

—No, puesto que partiendo de la base del ácido nucleico de los neurones cerebrales, puede inyectarse ácido ribonucleico, provocando corrientes y estímulos ajenos a la voluntad del sujeto.

—Pero frente a frente. Usted y yo. Sujeto y… otra persona. No a distancia remota.

—Se han hecho experimentos. Cabe un estímulo eléctrico sintonizado. Penetramos en otra ciencia: la cibernética.

—Puesto de otro modo, los robots.

—Por ahora solamente son artefactos de latón, con multitud de mecanismos internos. No es éste el caso de su esposa, inspector.

Respingando, Alex Harris miró fijamente al técnico. Cyrus Vernon pareció querer excusarse:

—No me atribuya dotes ultraterrenales de clarividencia. A nuestro modo somos también policías, señor inspector. Policías de los cerebros. Nos hablan, por ejemplo, de la manía del sobrino que come rabos de pasa, pero nosotros hemos de detectar cuál es la manía que la señora tía del comedor de pasas, trata desesperadamente de mantener oculta.

—Comprendo. Si mal no recuerdo dije que ayer el problema me era ajeno y hoy se ha convertido en personal, porque se trataba de una mujer que estimo en mucho. Podía ser mi madre.

—No.

—Ella vive y felizmente tiene mucha vida por delante.

—Un hombre ante otro, poco íntimo en su conocimiento, y el nuestro es reciente, experimenta una dificultad en exhibir sentimientos. Todo un inspector de policía no dirá algo tan romántico, tan sintomático de debilidad viril, como le resulta a sus oídos, la frase: “Amo mucho a mi esposa”. Podrá decir: “Amo mucho a mi madre”. Al referirnos a nuestras esposas decimos por lo general, “la estimo, la aprecio, es una buena mujer, tiene sus cualidades”… Un gran error nuestro, señor inspector. La mujer se siente aminorada, disminuida en su potencial de productora de amor. Tengo ya cerca de los cincuenta, joven. Aunque algo tarde, reparo mi error de juventud. Le repito constantemente una sola frase a mi esposa. Ha rejuvenecido ella mucho desde que a diario le repito algo muy sencillo, cada mañana, cada mediodía, cada noche: “Te amo con toda mi alma”. Tal vez le suene a chochez incipiente y progresiva. Si es así, celebro haberme convertido en un vetusto carcamal. Me prefiero así, y no recordar el arrogante, tiránico y seco marido que fui. Perdón, me aparté un poco del tema.

Alex Harris sintió un extraño impulso. Dijo con hondo respeto:

—Señor, he de manifestarle algo que pocas veces me ha ocurrido. Tengo la impresión de hallarme ante un buen Rey Mago, un sabio Papá Noel que me ha dado una receta de felicidad. Ojalá no sea tarde. Gracias, señor.

Tosió el doctor Vernon, sin necesidad, antes de decir:

—Las confidencias suelen conducirnos a terrenos emotivos. No nos podemos permitir estos lujos, inspector. Somos exploradores de cerebros é impulsos. Volviendo al caso de su esposa, descríbame los síntomas.

Relató Harris los síntomas de Olga y los de Beatrix. Mezclándolos. Al terminar, aguardó con ansiedad el diagnóstico. Dijo Vernon:

—Este caso de por sí es ya muy confuso, para que usted le añada un mayor confusionismo. Me ha relatado usted síntomas de dos personas distintas.

—¡Ostras! —exclamó poco británicamente el inspector Harris—. Acabaré por creer que usted lee el pensamiento.

—Desgraciadamente o por suerte, todavía no se ha logrado la máquina sin fallos que penetre tras la frente y pueda leer. Según usted ha declarado, la paciente amenaza de muerte, y luego habla de denunciar. Por otra parte, la paciente amenaza con matar si no es obedecida. La misma paciente afirma luego que le denunciará como maniático agresivo. Es una contradicción. O bien le habla a un sujeto que es a la vez dócil y tiránico, obediente y mandón, y se complica el caso por duplicado, ya que se dan entonces características sádico-masoquistas en el mismo oyente…

—Me rindo. No quería mencionar a mi cuñada, porque di palabra de honor. La que habló de denunciar era mi esposa. Este mismo mediodía. Las otras tres acciones fueron realizadas y las expresiones verbales emitidas por mi cuñada.

—Bien. Es pronto para que pueda analizar el problema. Sugiero una constante vigilancia cerca de su esposa y su cuñada.

—Olga es ya objeto de una atención particular ultradiscreta por parte de algún agente de Cordinator.

—Le presentaré a otro. Se cuidará de vigilar discretamente a su esposa.

Pulsó el doctor Vernon un timbre.

Pese a su angustia, pese a su problema, y a estar profundamente enamorado de su esposa, el inspector Harris a duras penas logró reprimir un vulgar silbido de admiración.

La mujer que entraba en el despacho era altamente fascinante. Morena, de lustroso cabello y marfileña tez, gruesos labios sensuales, grandes ojos negros, exóticas facciones tropicales.

Su modo de caminar era por naturaleza provocativo. Un suave

contoneo. Le molestó al inspector Harris el inconveniente pensamiento que le inspiraba aquella maravilla de mujer.

Provocaba un vehemente deseo de bailar la rumba.

CAPÍTULO X

La dueña del "Champ's", alta, opulenta y ágil, era muy codiciada y a la vez respetada por los clientes que efectuaban sus comidas en el local.

Una clientela poco propicia a delicadezas, compuesta en su mayoría por descargadores, boxeadores, luchadores y hampones.

Además de su fortaleza corporal, Olimpia Dunlop, cuando la ocasión lo requería, sabía esgrimir argumentos persuasivos tales como la matraca y frascos asidos por el gollete.

Atendía la caja, supervisando cocina y camareras. Se comentaba con asombro algo nunca visto. La dueña del "Champ's", arisca, hosca y adusta, nunca se sentaba con ningún cliente. Y menos le sonreía a ninguno de ellos.

Salvo a los inseparables Pat y Mike Michael.

Y al anochecer, le extrañó a Olimpia ver llegar a Mike Michael, solo.

—Buenas noches, espléndida Olimpia.

—Hola. ¿Y Pat?

—Durmiendo un poco. Se mareó esta mañana pretendiendo achucharle a una leona. Me dijo Pat que vendrá dentro de una hora.

—Te adelantaste al horario, gandul.

—¿Gandul yo? Precisamente he venido para tragar la pitanza antes de tiempo, porque tengo trabajo. Investigación de alta categoría.

Olimpia se permitió el esfuerzo de sonreír. Con absoluta incredulidad.

—Ya sé, ya sé que nos crees lelos a Pat y a mí. Pero el día menos pensado, cuando la Prensa hable de nosotros, entonces…

—Iré a llevaros naranjas a la cárcel. Y ya que no hay nadie esperando, puedo servirte yo misma. Ven a mi comedor, holgazán.

En el comedor particular de la dueña, Mike Michael se dedicó a devorar concienzudamente, contemplado por Olimpia, que entre servir plato y plato, se limitaba a beber sorbitos de cerveza rubia.

Se enjuagó Mike la boca con el resto de su jarra de cerveza negra. Y afirmó tras la serie de ruidosos viajes de líquido entre los hinchados carrillos:

—En esto sí que tiene razón Pat. No hay nada como estos

buchitos finales, para poner blanquísima la dentadura. Oye, rubiaza de mis carnes, ¿te dije ya que estás muy rica?

—Unas cien veces. Ya lo sé. Tengo mis buenos ahorros en el Banco.

—Aludo a otras riquezas que ocultas, aunque no logras disimularlas, gorda de mi corazón. Es una pena.

—¿El qué, cacho de atún?

—Desde que soy investigador, barrunto y detecto que es un asco. Sospecho que mi primo te hace tilín. ¿Sí o no?

—Sí y no.

—Entonces yo quedo fuera de combate antes de empezarlo. Pero, en fin, si es Pat el que se te ha de llevar al tálamo, no me escuece. Es un buen chico. Algo retrasado, mentalmente hablando.

—Mira quién habla.

—Yo, claro.

—¿No tenías que ir a trabajar?

—También es verdad, pero ante tus encantos tan poderosos, y en plena primavera, pierdo mi reconocida facultad intelectual. Resulta que Pat es el instinto, ¿sabes?, y yo la inteligencia.

—Y yo soy el Premio Nobel de Electrónica.

—No me digas… Ya. Una broma. El caso que voy a investigar tiene miga. Hay algo infalible. Si Pat dice que el damiselo es hembra, he de atender la voz del instinto de Pat. Y bien claro que estaba, aunque se enredó en explicaciones confusas. Que si era un bochorno, que si tal y cual. He ido meditando. He llegado a una conclusión. Hay gato encerrado.

—¿Dónde?

—Allá donde estuvimos esta mañana. Por ahora he de guardar el secreto propio en toda investigación. Pero si Pat que en eso de macho lo es como yo lo soy, y quien lo dude se queda sin dentadura, si Pat dijo que el tiorro era hembra, hay que investigar por qué una mujer se disfraza… Bueno, ya dije demasiado. Me voy. Y repito, es una pena, porque estás…

—Muy rica. Lo sé. Anda, vete ya, cacho de atún.

Mike Michael doblaba la esquina, cuando Pat entraba en el “Champ’s”. Desde el comedor, gritó Olimpia:

—Ya voy, ya voy.

—¿No está aquí mi primo o qué pasa?

—Pasa que puedes entrar. El tarugo de tu primo ha estado cenando y no son horas. Hola, Pat.

—Hola, rubiaza. ¿Me siento, sí o no?

—A menos que quieras crecer… Te hacía durmiendo.

—Se me fue el sueño.

—Sin Mike no puedes ni siquiera dormir. Sois como los hermanos

siameses.

—¿Qué les ocurre a los siameses?

—Inseparables. Unidos por el cordón umbilical.

—Pues no es mi caso. ¿Dónde fue Mike?

—A dar un paseo. Parece ser que esta mañana te entró un poco de vértigo persiguiendo a una rubia.

—No era rubia. Sino morena. ¡Caramba! El día menos pensado le parto la boca a este charlatán. ¿Qué te contó?

—Dijo más o menos que te entró mareo al querer achuchar a una leona. Nada más.

—Eso es distinto. Ya me extrañaba a mí que Mike fuera contando secretos.

—O sea que la morena y tú sois novios secretamente.

—¿Novios esa condenada fiera y yo? No me hagas reír, mujer, que tengo dolorcillo en el colodrillo.

—Sí, sí, voy a creerte yo… Además, sólo le haré caso al que esté decidido a ir ante el juez a firmar contrato matrimonial.

—¡Joroba! Eso hay que pensarlo con calma. Me voy y vuelvo a la hora de la cena.

—¿Vas a pensarlo, has dicho?

—Pues, sí. Aunque eso de casarme a mí me cae un poco extraño. Luego, ¿quién manda, eh? Yo no, seguro. Contigo no manda nadie. Ni un domador.

—¿Quién sabe? Hasta luego, Pat.

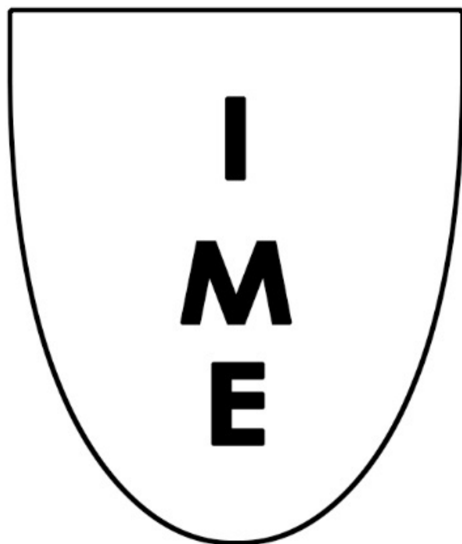
—Hasta luego, rubiaza.

***

Las tres espaciosas salas tenían un cortinaje plateado aislando el dormitorio del suntuoso cuarto de baño, dotado de complementos poco corrientes.

Una pantalla de televisor, conectada a una especie de centralilla telefónica, formaba un mueble compacto laqueado en negro. Destacaba contra el fúnebre color una extravagante carátula de plata y nácar.

La frente de la máscara de plata tenía grabado en nácar una letra y un número. En aquella cara postiza, el sitio correspondiendo a cejas y ojos lo ocupaba otra letra. Una tercera letra equivalía a los labios. El número y las tres letras, de nácar, formaban una misteriosa línea vertical en la ovalada faz de plata.



Una blusa blanca, camisera, y la minifalda pantalón, avaloraban la armónica esbeltez de Irma Sandro, alias “Monsieur” Sandro.

Sentada ante la mesa tocador perfilaba con lápiz azul el sesgo oriental de sus pestañas.

La pantalla se iluminó en tenue resplandor, apareciendo una figura similar a cualquier locutora, salvo por sus facciones.

En vez de rostro agradable, se enmarcaba una carátula de plata y nácar con las letras I-M-E y un número: 1.

La misteriosa locutora del circuito cerrado, mostraba la diestra con una alianza matrimonial de platino.

Los dedos de la zurda hacían girar la alianza. Y el sello que hasta entonces quedaba oculto en la palma, aparecía visible en la cara externa del anular.

Un sello en forma de camafeo, ovalado, reproduciendo en plata y nácar la carátula IME y el número 1.

Una voz metálica, aunque femenina, expresaba con la monotonía de una operadora:

—¿Reunió en la sala de comunicaciones. I-M-E 2. I-M-E 3. I-M-E 4.

En cada una de las tres espaciosas salas dormitorio y cuarto de baño, una mujer idénticamente vestida de blusa y minifalda pantalón, dio maquinalmente vuelta al anillo que ¿hasta entonces parecía una alianza matrimonial.

El sello camafeo con la sigla IME quedó visible.

Irma Sandro ostentaba el número 2.

El 3 pertenecía a la marsellesa Gaby, el agente ejecutivo, yudoka

y de exótica belleza.

El 4 lo ostentaba Diana, la exquisita recepcionista del Salón de Belleza Sandro.

Las tres mujeres abandonaron sus alcobas dirigiéndose a la sala junto a la gran terraza dominando una panorámica del Londres céntrico.

Por la escalerilla de incendios iba ascendiendo Mike Michael. De sus tiempos de aprendiz de ratero, conservaba la facultad de orientarse para entrar en domicilios ajenos.

Desde la callejuela posterior al edificio de tres plantas, comprobó que el mejor acceso era la clásica escalera de escape en caso de siniestro.

También el ABC del oficio indicaba que la mejor vía de penetración no era la inferior y normal, sino la más elevada, a ser posible azotea, y en su defecto, el último piso.

Cuando escaló la terraza del tercer piso, se adhirió rápidamente a la pared formando panel entre dos amplios ventanales-puerta.

Los cristales de una sala acababan de plasmar una suave claridad. La cortina velaba la luz interior recién encendida.

Mike Michael comprobó que la cortina no permitía divisar nada de lo que se hallaba al interior. Pasó, caminando sobre la punta de sus mocasines “Comanche”, al otro ventanal.

Extrajo el cuchillo utilitario. Una de sus hojas tenía forma de espátula. Irrompible y dotada de muescas. Insertándola en una juntura, la delgada punta hallaba el pestillo de cierre interior.

El pestillo funcionaba a un lado o hacia arriba, al quedar encajado en la muesca semilunar.

Penetró Mike Michael en la estancia a oscuras. Cuidadosamente volvió a cerrar. Fue aproximándose al tabique contiguo a la sala iluminada recientemente.

De cuclillas aplicó un ojo en la cerradura de la puerta comunicante.

El espectáculo que contemplaba era gratísimo. Entraba una rubia de ojos verdes, esbelta, preciosa en su blusa camisera blanca y la falda pantalón short.

Efectuaba un extraño saludo. Mostrando el dorso de su diestra. Un sello de plata con letras en nácar.

Meditó Michael que podía tratarse de alguna reunión política. Seguramente fascista, por el saludo. Aunque en vez de la palma, presentaban el dorso, aquellas muñecas vestidas por un igual…

Respingó anhelante. De las tres mujeres que acababan de sentarse a un lado de la larga mesa, reconocía a dos.

La tropical, la cubana, la que atontó a golpes al recio Pat.

La otra era la delicada recepcionista.

Había otra mujer. De perfil. Tenía algo rarísimo en lugar de rostro. Una especie de máscara de carnaval.

Aplicó Michael el oído.

—Las he convocado para participarles que son ya tres las esposas que obedecen a nuestro dictado electrónico. Sus respectivos maridos ocupan posiciones-clave en el Gobierno.

En la pausa de silencio, pensó Michael, pleno de confusión, que aquellas cuatro mujeres debían pertenecer a una secta de espiritismo o de cualquier otra manía similar.

—Hoy mismo, Olga Sanders ha injertado el transistor-electrodo en los bulbos encefálicos de Gilbert Sanders.

Michael cambió de opinión. La enmascarada habladora estaba como una chiva.

—La progresiva posesión de los elementos de mando gubernamental, nuestro futuro dominio de los cerebros rectores de cada Gobierno, en cada nación, asegurará para un futuro no lejano el Imperio Mundial de Eva.

Alzó el número 3 la diestra. Y en silencio señaló la puerta comunicante. Dijo concisamente:

—He de cerciorarme si es solamente un efecto óptico. He percibido cambios de color. Comprobaré.

La oreja de Michael seguía adherida a la cerradura. Sus ojos azul denso, tenían impresa la asombrada impresión que le causaba oír cosas incomprensibles.

Dictados electrónicos, posiciones-clave, injertos, transistores, electrodos, bulbos encefálicos, efectos ópticos, cambios de color…

Saltó en pie, porque acababa de estallar la luz en la habitación a oscuras.

Con las manos hundidas en la minifalda, la marsellesa Gaby sonreía amablemente. Sus negros ojos destellaban.

Mike Michael se escarbó el seso para hallar una frase convincente.

La bella estampa exótica de IME-3 no le ayudaba con su silencio.

—Hola, ¿qué tal? —saludó Michael por fin, avanzando unos pasos.

Era preciso actuar con naturalidad, como si fuese natural su intrusión. Y halló el argumento:

—Usted, esta misma mañana, trató de un modo poco normal a mi primo Pat. Vine a pedir explicaciones. Pero la puerta estaba cerrada.

Se abrió la puerta comunicante.

Entraba Irma Sandro. Giró Michael a un lado.

Enarcando las cejas, concentró la vista y declaró satisfecho:

—Pat tenía razón. Usted, rubia, es una mujer.

—Díganos a qué se debe su presencia aquí, a esta hora.

—Ya se lo expliqué a su amiga.

—Miente —silabeó Gaby—. Asegura que ha venido a pedirme explicaciones sobre mi breve entrevista con su primo Pat. Pero ignoraban ambos que yo residiese aquí. No me siguieron.

Irma Sandro tenía mucha dulzura:

—Por su aspecto deduzco que usted es boxeador.

—Lo fui, lo fui. Ahora ya no.

—¿Ahora qué profesión tiene?

—Poli…cía. Bueno, eventual nada más. Pero, alto, he venido por mi propia iniciativa, totalmente por mi cuenta particular.

—Esta mañana vigilaban los movimientos de Olga —aclaró Gaby.

—Sí, pero este mediodía el inspector Harris nos dijo que ya no hacía falta.

—Todavía no sabemos su identidad —invitó Irma.

—Mike Michael, servidor.

—Es delito allanar una morada ajena, Mike —reprochó Irma, gentilmente.

—No lo voy a discutir. Denúncieme. Pagaré mi delito —ofreció Michael dócilmente.

—Espiaba, vio y oía —expuso Gaby.

—Vamos a portamos bien, ¿eh, muchachas? No tengo la menor idea del potaje que se traen ahí dentro, con mascarita y saludos. Además me importa un pepino.

—Entonces, ¿por qué entró sin anunciarse normalmente?

—Mujer, hay preguntas del género idiota. Con perdón. Yo venía a hacer una indagatoria particular. Mi primo salió muy escamado de esta casa.

—¿Por qué?

—Por culpa de usted, mujer. Aunque vestida de hombre, usted no tiene ni pizca de macho. El pobre Pat sudaba de bochorno viril, atormentado por la idea de que un… lo que parece usted cuando peina clientas… le encendiese la sangre con ardor varonil. Ya queda todo claro, y por consiguiente, de dos despedidas, una.

—Díganos, Mike —sonrió Irma, cariñosamente.

—O llaman a la policía culpándome de escalo sin fractura, aunque con nocturnidad y premeditación, pero sin alevosía, total, seis meses de “cangri”, o tendré que abrirme paso. Y me dolería mucho tener que emplear la fuerza bruta.

Iba retrocediendo hacia la puerta-ventanal. Se detuvo.

Atrás, adosada a la cristalera, le cerraba el paso Irma. Delante, avanzaba felinamente Gaby.

Dijo Michael:

—No fastidien, muchachas. No tengo ni para empezar con ustedes dos. La majadería esa de ahí dentro sobre el Imperio Mundial de Eva,

está bien como bobada mientras juegan a la canasta. ¡Quieta, tú!

Gaby había amagado un zarpazo. Saltando esquivó Mike. Pudo también esquivar las manos de Irma.

Se adosó al tabique. Ceñudo, afirmó:

—No estoy para jugueteos. Palabra que si me atosigan, olvidaré que mi condición masculina, tendría que obligarme a no maltratar mujeres, pero déjense ya de hacerse las machunas. Dos bombones como ustedes dos no está bien que se expongan a que les parta la carita sin querer…

El pie derecho de Gaby subió en chut veloz. La mano izquierda de Irma bajó con rapidez.

Mike Michael, como su primo, era encajador. Se dobló para asir el tobillo de Gaby antes que la puntera alcanzase el objetivo. Encajó el seco cantazo en la nuca.

En el aire, horizontalmente, apoyaba Gaby la suela izquierda en un hombro de Michael. Giró en contorsión acrobática y sus dos puños a la vez martillearon la cabeza.

Irma Sandro se apartó. Le gustaba mucho presenciar las magníficas dotes combativas de Gaby. Tal vez un poco brutal. Era lógico. Odiaba a los hombres desde temprana edad. Desde que confió en uno.

Mike Michael tocó el suelo de manos y cara. Se impulsó hacia arriba pretendiendo cabecear el torbellino femenino que le producía mareo.

Una rodilla chocó en su nuez. Elevándole en el aire. Un puño, pequeño, golpeó como un martillo.

El sello de plata se incrustó en su frente.

Iba a caer de espaldas. Se lo impidió el doble rodillazo en vaivén con el cual Gaby desfogaba su odio al hombre.

—Basta, querida —ordenó Irma.

Retrocedió Gaby respirando anhelosamente.

En el suelo, Mike Michael ostentaba una intensa lividez. Su cabeza tenía una inclinación anormal.

Arrodillándose, Irma Sandro aplicó las yemas de su diestra en la yugular, luego en la sien, y por fin en el corazón.

Al levantarse, comentó:

—Está muerto, Gaby. Le rompiste las vértebras cervicales.

—No podíamos dejarle vivir, Irma. Ni retenerlo prisionero.

—La muerte de este estúpido, después de la del doctor Knox, nos podría traer complicaciones. Hemos de procurar hacerlo desaparecer definitivamente.

CAPÍTULO XI

Gilbert Sanders terminó de acotar al margen un informe legal sobre la patente de un nuevo ingenio. Un explosivo plástico de alta concentración y escaso volumen.

Para minería. Sustitutivo de la dinamita y la nitroglicerina. Podía también ser empleado como material bélico de fácil transporte.

Una secretaria entró para depositar sobre la mesa cinco carpetas.

Extrañado, inquirió Sanders:

—¿De qué se trata?

—Son los expedientes que usted solicitó, señor.

—Gracias.

A solas, Sanders se encogió de hombros. Era posible que los hubiera pedido. No lo recordaba. Pudo ser días antes.

Lo que era menos explicable es que se tratase precisamente de los documentos considerados eminentemente secretos. Incluidos en carpetas de cierre hermético.

Un cierre que solamente podía abrirse con una llave especial, de la que únicamente disponían el jefe del Departamento y él mismo.

Miró el reloj de pared. Señalaba la hora de salida. Iban abandonando sus despachos los demás funcionarios.

Gilbert Sanders se levantó para pasar al contiguo cuarto de aseo. Lavándose las manos, pensó que pronto quedaría resuelto el molesto y desagradable problema de la pasajera dolencia que afectaba a Olga.

Y fue entonces cuando sensorialmente percibió la primera llamada. Una especie de vibración bajo su cuero cabelludo.

Habitualmente, Sanders caminaba como un autómata. Normalmente, sus compañeros de trabajo, le consideraban como un robot, en símbolo amistoso, definiendo su actitud de hombre meticuloso, ordenado y sereno.

Siempre había sido así. Ensimismado, absorto. Y así llegó hasta su mesa del despacho. Sus labios se movían repitiendo lo que una voz le dictaba:

—Debes cerciorarte si todos han salido. Compruébalo.

Era sencillo. Bastaba ir presionando botones. No se encendían luces en el tablero si en los despachos conectados, no había nadie.

En el tablero no se encendió ninguna luz. Dócilmente dijo Sanders:

—Por razones de seguridad, soy siempre el último en abandonar estas dependencias. Circula una broma de mal gusto. Me apodan el “Gran Conserje”, ya que en realidad cierro estas oficinas al marcharme.

Escuchó para repetir:

—Considero adecuado proceder a cerrar en evitación de alguna

inoportuna visita indiscreta.

Se dirigió al pasillo y vestíbulo. Desde dentro cerró. Al regresar a su despacho, sentóse. Sus manos se posaron sobre la primera de las cinco carpetas especiales.

—Aquí están. Las pedí hace unos veinte minutos. Sí, es corriente. Tengo que revisarlas con frecuencia.

Abrió la primera carpeta, alisando la hoja cuadriculada, cuyo complicado dibujo había sido realizado por cuatro delineantes distintos. Cada uno trazaba una sección.

La diestra de Sanders obedeció hundiéndose en el bolsillo de su chaqueta. Extrajo un pequeño rectángulo metálico.

—Esta "Minolta" encuadra perfectamente. Basta enmarcar mirando por el visor. Automáticamente se ajusta el tiempo de exposición, y luego presionar.

Enfocó Sanders, presionando cuando el visor reproducía el croquis.

—Solamente los diseños y fórmulas. Exacto.

Fue retratando diseños y fórmulas. Cerró la quinta carpeta.

—Considero adecuado proceder a colocar estas carpetas en la caja de seguridad.

Las carpetas quedaron guardadas. Seguían siendo documentos altamente secretos.

Meticulosamente, Sanders pasó revista a los demás despachos. Nadie. Fue a abrir y desde fuera cerró el acceso a las oficinas.

En la calle, actuó por cuenta propia. Mirando el reloj meditó que no existía razón imperiosa que le forzase a regalar tres cuartos de hora al Estado.

Bien estaba cumplir con el deber de todo ciudadano funcionario excelentemente asalariarle. Hacer casi una hora extra, era exagerar el celo en el cumplimiento del deber.

***

—No me agradan las injerencias de otro servicio, Harris.

—Tampoco a mí, señor.

El comisario intendente escrute el inexpresivo semblante del inspector más joven de la Brigada Criminal.

—He leído con suma atención su informe, Harris. El caso Knox aparenta ser un crimen involuntario, debido a que un ladrón fue sorprendido por el doctor. Huellas de fractura en una ventana. Desaparición del arma homicida. Perfecto hasta aquí. Pero noto a faltar la descripción de los objetos robados.

—No pueden reseñarse. El doctor Knox vivía solo.

El intendente dio una palmada sobre su mesa. Era robusto y

sanguíneo.

—La injerencia de una sección secreta, ¿le obliga a callarse lo que pueda saber?

—Sí, señor.

—Me resulta poco agradable mencionarle que soy su superior, Harris.

—Lo es, señor, en los casos exclusivamente policiales.

—Tenga la bondad de ponerse en mi lugar, Harris. ¿Qué opinaría usted de un subordinado que actúa sin tener en cuenta su obligación de tener informado a su jefe?

—Le concedería la atenuante de una circunstancia ajena a su voluntad, señor.

—Bien, procuraré hacerle esta concesión. Tengo aquí una petición superior, obligándome a relevarle de todo servicio hasta nueva orden. No se especifica el motivo. ¿Lo conoce usted?

—Debo colaborar accidentalmente con determinada sección del contraespionaje, señor.

Suspiró el comisario. Y al leer en el rostro del inspector cierta ironía matizada de respeto, manifestó su opinión:

—Es archisabido que me comporto como un arcaico retrógrado, Harris. Sigo creyendo que vemos fantasmas por todas partes. Un doctor inofensivo es asesinado, y se movilizan los talentos del contraespionaje. Hay un exceso de imaginación en las esferas gubernamentales de la policía estatal. Esto puede llegar a ser contagioso, Harris.

—Sí, señor. ¿Puedo retirarme?

—Disfruta ya de libertad de movimientos por lo que a mí respecta. Espero únicamente que será usted tan bondadoso como para explicarme los misterios en torno al caso del doctor Knox, cuando esté resuelto, lógicamente.

Conduciendo hacia su hogar, Alex Harris procuraba alejar ideas absurdas. Sobre todo una. A veces la lectura de determinados artículos dejaba mal sabor de boca.

Según las circunstancias que rodeaban a un hombre, la misma frase podía leerse sin darle importancia. Días antes no le habría producido la menor desazón leer un reportaje sobre la creciente influencia de la mujer en todos los estratos sociales.

El autor, muy documentado, con estadísticas, pretendía demostrar que en cierto modo, la mujer mandaba en los destinos universales. Por influencia directa o indirecta.

Ocupando altos cargos o influyendo en las resoluciones del marido. Y una frase escrita le había quedado grabada. La frase era un interrogante:

“¿Cuántas clases de mujer pueden ocultarse en una sola mujer?”

Un bonito juego de palabras, sin más. Así habría resultado en otras circunstancias. Ahora ya no.

La mujer, un eterno complejo, podía convertirse en un enigma torturador si se infiltraba una duda. ¿Simulación como coartada?

La infantilidad de carácter de Beatrix Harris contrastaba con su apasionada madurez como mujer amante. Si no fingía en las horas de pasión, ¿simulaba su ingenuidad en las horas tranquilas y apacibles de la existencia hogareña?

Dejó el coche en el estacionamiento subterráneo, y al pisar la acera, se detuvo. El susurro invitante procedía de una ventana próxima.

Acercándose no pudo identificar a la persona. La primavera justificaba la abierta ventana. La voz, femenina, invitó:

—Puede entrar, inspector. La puerta está abierta. Su esposa no puede verle.

Alex Harris dio por sentado que las actuaciones del contraespionaje concedían un aspecto clandestino, casi de libertinaje, a las acciones normales.

La agente colaboradora al invitarle en voz baja y mencionar que su esposa no se iba a enterar, adquiría de pronto una personalidad equívoca.

El vestíbulo era como la casa. Modesto, familiarmente adocenado. En la oscuridad, parado, para acostumbrarse a divisar contornos, dijo Harris:

—Aquí reside el matrimonio Parkington.

—Aceptaron encantados pasar una semana con gastos pagados en un balneario del sur.

—¿Pretexto?

—Una emisora de TV desea hacer reportajes vivos de la cotidiana existencia de personas normales.

—¿Existen todavía personas normales, agente 99?

—Es preferible así, inspector. Que lo tome con buen humor. Le consta que me llamo Ada.

—A los efectos de servicio así me la presentó el doctor Vernon.

En la pequeña salita había tapetes bordados, muy caseros. No era casero el artefacto con diales, palancas, auricular, lentes de aumento y otros implementos científicos.

El agente Ada podía semejar una telefonista de centralilla ultramoderna. Manipulaba a instantes. Seguía siendo una maravillosa figura femenina.

Sentándose en un crujiente sillón, comentó Harris:

—Para ser nativa, tiene usted una configuración meridional o antillana.

—Mi madre era de la isla Saint Kitt, Caribe.

—¿Le gusta participar en tareas muy impropias de su condición?

—No veo nada incorrecto en mi profesión, inspector Harris.

—Me refiero a que de seguir así las cosas, pronto nosotros barreremos la casa, y las mujeres saldrán a ganar la cantidad precisa para pagar las letras de los electrodomésticos manejados por el maridito.

Ada tenía una risa selvática. Honda y gutural. Acariciaba las fibras menos nobles del hombre, meditó Harris contrariado.

—El mundo mejoraría mucho dirigido por mujeres, inspector. No habría guerras.

—La guerra más sanguinaria de la historia la provocó una señora. Si mal no recuerdo se llamaba Helena de Troya. Aun hoy, cuando hay peleas fuertes aludimos a Troya.

Ada enfocaba el lente conectando con el circuito montado en el hogar del inspector Harris. Reflejó la imagen de Beatrix Harris arreglándose ante el espejo. Gruñó Harris:

—Considero indecoroso invadir la intimidad familiar, Ada.

—Tenemos pudor. Un agente femenino espía a las de su sexo.

—¿Cómo pudieron montar todos esos artilugios mirones y escuchadores?

—Su simpática esposa durmió tres horas y veinte minutos. Cronometradas exactamente. En su té de las tres, se mezcló un sedante.

—¿Salió para algo?

—Sí.

—¿Dónde fue?

—Lamento comunicarle que solamente debo informar a Cordinator.

—Comprendo.

Alex Harris, en masaje prolongado, se presionaba la nuca. Por intuición, dijo Ada:

—No se atormente en vano, inspector. Las sospechas no recaen en su esposa. Vigilamos para evitarle un posible peligro.

Trató Harris de sobreponerse a su íntimo temor:

—Tiene también guasa que estos cacharros sigan funcionando cuando comparta la cena con mi mujer.

—Procuro ser discreta. Solamente inspecciono en caso necesario. Con usted allá… puedo abstenerme de espiar.

—Gracias. Pero soy profesional, aunque en otro ramo. Ustedes, los de su servicio, han de espiar por si la esposa robot recibe orden de suprimir a su adorado marido. Cambiemos el disco. ¿Por qué me llamó, Ada?

—No puedo revelarle determinadas incidencias, pero soy libre de darle un consejo. Si por razones sentimentales, quisiera alertar a su

esposa, sería usted internado en una residencia muy confortable, hasta la terminación del caso.

—Gracias, Ada. Me voy… Por cierto, ¿es usted casada?

—Todavía no. ¿Por qué?

—La pregunta era necia.

—Procediendo de usted, nada es necio, inspector.

—Me halaga su buen concepto. La pregunta, invirtiendo los términos, era: ¿Cuántos hombres pueden ocultarse en uno sólo? ¿Conoce acaso una mujer a su marido o novio, a fondo?

—Me temo, inspector, que esta pregunta no tiene respuesta infalible.

—Es también mi temor. ¡Rediez! Procuren llegar cuanto antes al final de esta maldita pesadilla de las esposas robot.

CAPÍTULO XII

Pat Michael leía la columna deportiva. El local iba desalojándose. Las camareras y cocinero se despedían. Olimpia sumaba las columnas de ingresos en tickets.

Doblando el periódico, comentó Pat:

—Creo que es inútil esperar más. Tú vas a cerrar.

—Nadie te echa. A menos que prefieras esperar a Mike en vuestra pocilga.

—Pocilga, pocilga… Ya será menos, ¿no? Cada semana viene una buena mujer a lavotear a fondo. Se lleva la ropa sucia. Oye, ¿a qué hora se fue Mike?

—Hará solamente unas tres horas.

—¿Solamente? ¿Te parecen pocas horas, así como así?

Olimpia vino a sentarse al otro lado de la mesa. Dijo secamente:

—Mike es mayor de edad. Encontraría alguna chica aburriéndose. La llevaría al cine o al baile.

—¿Sin avisarme a mí? Vamos, hombre. Llevamos ya cosa de cinco años viviendo juntos. Cuando uno se larga o se ausenta más de lo debido, telefonea al otro.

—Puede que Mike telefonease a vuestra pocilga.

—Pues también es cierto. Seguiré esperándole aquí. En verdad, no sé por qué, que me agrada más esperarle aquí que en nuestra pocilga. Hablando de todo un poco, ¿cómo es que no tienes novio, rubiaza?

—Porque todos los hombres son unos charranes. No me fío. Mienten mucho.

—Todos, todos, no. Yo mismo, aunque me esté mal el decirlo, si

digo algo, lo digo de veras. No miento yo.

—Si te pusiera a prueba, ¿qué?

—Venga. Juguemos. ¡Ah, pero a la recíproca! Nada de que yo desembuche y tú me salgas caimana.

—Eres un mariposón, Pat.

—Sin ofender.

—Bobo… Llamo mariposón al hombre que vuela de flor en flor. Que salta de chica en chica, vamos. Que yo sepa nunca tuviste novia fija.

—Por si las moscas. Uno empieza entreteniéndose, y cuando menos se lo piensa uno, ¡zas!, a trabajar como un borrico.

—¿Por qué?

—El marido ha de apencar con los gastos, vamos, digo yo.

—Alguna vez habrás pensado en cómo te gustaría que fuese tu esposa.

—Pues, sí —y rió Michael nerviosamente—. Pero si hablo puede sentarte como una patada en el hígado. A lo mejor, te enfadas y me echas.

—Te jactabas de ser sincero. ¿Ves cómo no?

—¡Te lo has buscado, caramba! Algunas noches tardo en dormirme. Y piensa uno cada burrada… Por ejemplo, y agárrate que viene curva, una noche me puse a carburar en firme. Se me antojó el ideal, una mujer sana, algo bruta, o sea nada de lectora ni sabihonda, y que si encima tenía pasta, miel sobre hojuelas. Total, tú.

Encogió Pat Michael la cabeza entre los anchos hombros, esperando la respuesta. Iba a oír bramidos e insultos. Oyó:

—¿Qué hay de mal en ello? Yo necesito un hombre. Bastaría que estuviese leyendo o jugando a las damas con los clientes. Pondría orden si fuera preciso. Muchos me vinieron a hacer la rosca. Ninguno me dijo que mi dinero le interesaba. Tú has tenido el valor de decirlo, Pat.

—Bueno, pero sin exagerar. Las cosas claras. Si fueras una birria, ya podrías tener ahorrado todo el oro del Banco de Inglaterra, que para mí, narices. No te he contado todo lo que se pone uno a imaginar cuando no hay nada que hacer y tarda el sueño.

Rió con acentuado nerviosismo el irlandés. Muy seria invitó ella:

—Desembucha, Pat.

—Allá tú. Conste que me retaste a hablar, ¿eh? Luego, si te enfadas y me echas, será una injusticia. Viéndote siempre así de maja, de guapetona, de seria y fría…, me hirvió la sangre repetidamente, cuando te veía como eres. Bueno, en imaginación, claro. No sé si debo seguir.

—Soy mayor de edad, Pat. Cumplí los veintiocho.

—Bien, allá películas. Así como eres, rubia como la cerveza

buena, rolliza. No digo más. Hablemos de otra cosa, o aquí va a pasar una desgracia.

—Si tuviera en mi caja fuerte una licencia matrimonial con tu firma, entonces, tú podrías ser mi dueño, Pat Michael.

Pat Michael se abanicó con el periódico. Aquella espléndida amazona, tan seria, tan recatada, le estaba encendiendo la sangre.

Resopló, abanicándose con furia.

—¿Tienes calor, Pat?

—Es que… estoy que ardo, mujer. La primavera, debe ser. Y una muchacha como tú ha de resultar una esposa fantástica. Me gusta verte, me agrada estar contigo.

—¿A qué esperas entonces para decidirte? ¡Cuidado! ¡Atrás, Pat Michael, o te estrello la jarra en la cabezota!

Volviendo a sentarse, se quejó Michael:

—Pues sí que me quieres tú, caramba. Voy a darte un besito y agarras la jarra.

—Podrás darme besitos y besazos, con una sola condición.

—A verla, a verla.

—Tu palabra de hombre. Tu palabra de que me quieres por esposa.

Ansioso afirmó el irlandés:

—Estoy seguro que serás una esposa de primera. Yo procuraré ser un marido a mi modo. Y cerramos trato, con una condición.

—Di, Pat.

—Mi primo, aunque se figura ser una lumbrera, no es gran cosa a la hora de trabajar. Podría trabajar aquí, si lo echan de la policía.

—¿En qué iba a trabajar?

—¿En qué? Lo mismo que yo. Leer la Prensa, jugar a las damas, vigilar y poner orden.

—Tengo un camión para mi suministro. El chofer no me gusta. Podría serlo tu primo Mike.

—¡Lo será! Le encanta conducir. ¡Trato hecho, guapaza!

Se abalanzó Pat Michael. Muy gravemente detuvo Olimpia la embestida apoyando ambas manos en los hombros del irlandés. Dijo:

—Cerraré. Podría entrar alguien, Pat. Mientras, pasa a mi dormitorio. Mañana iremos a firmar la licencia matrimonial.

Pat Michael se olvidó por completo de su primo Mike.

Nunca en su vida había sostenido un combate tan fogoso y de tantos asaltos.

De campeonato a la antigua. Un campeonato placentero en primitiva y sencilla entrega total, sin complicaciones.

***

—La entrega total y sin condiciones no existe ya en nuestro mundo sofisticado —afirmó el inspector Harris.

Olga Sanders miró a su hermana Beatrix, la cual a su vez tendió el índice hacia Gilbert Sanders:

—Él es el otro intelecto de este cuarteto. Me encanta que decidieseis venir a jugar al bridge, y si le cansa a Alex perder, se pone a filosofar. Tú solamente le puedes rebatir a nivel de igualdad, cuñadito.

Gilbert Sanders frunció las narices. Intervino Olga:

—Los diminutivos son ternezas a las que Bertie nunca se acostumbró. Y ya que estoy en el uso de la palabra, debo aclararte algo, Bea. No decidimos venir. Nos telefoneó Alex. Indicó que deseaba charlar con nosotros.

—Esto es lo que hacemos, Olga —expuso Sanders—. Lo que no logro captar, es el sentido de tu frase, Alex. Yo dije sencillamente que la pareja ideal, completamente conjuntada, es una utopía. Ahora bien, no excluye mi teoría la posible existencia de matrimonios bien avenidos. Nosotros mismos somos un ejemplo.

—¿Tú crees?

La pregunta del inspector Harris suscitó inquietud en Sanders, una condescendiente sonrisa en Olga, y la protesta indignada de Beatrix:

—Si pones en duda mi cariño hacia ti con lo que acabas de decir, esta vez no puedo callarme, Alex. Tengo que manifestar que a ratos pareces disfrutar siendo cruel.

—No te acalores, Bea —aconsejó su hermana—. Ya conoces la propensión de tu marido a animar las conversaciones. Suelta un dardo picante y aguarda la reacción. Nos emplea como cobayas, hermana. Y es porque, como muchos hombres, nos considera poco racionales. Para él, las mujeres somos de una raza inferior. Niégalo, Alex.

—Claro que lo niego. Me consta que las mujeres mandáis aun fingiendo ser nuestras siervas. Por cierto, ahora recuerdo que el único hombre libre era el soltero, según opinaba un amigo nuestro. Corría un riesgo el soltero. Al envejecer se casaba con su cocinera.

—¿Y quién dijo tal genialidad? —ironizó Olga.

—El doctor Knox.

Reinó un silencio que al prolongarse hizo decir a Beatrix:

—Esta tarde me enteré casualmente de la horrible noticia. ¿Por qué no me lo dijiste, Alex?

—Para no apenarte.

—¿Se tiene ya alguna pista? —preguntó Olga.

—Tus zapatos, cuñada.

Olga Sanders dirigió la mirada a sus pies. Indagó asombrada?

—¿Qué sucede con mi calzado?

—Es su manera de ser, hermana. Cuando le preguntan algo y no quiere contestar se sale por la tangente.

Poniéndose en pie, declaró Sanders:

—Hemos prolongado demasiado la velada. Es hora de irnos.

Al quedarse a solas, comentó Beatrix:

—Tú estás indispuesto, Alex.

—¿En qué se me nota?

—Hay fiebre en tus ojos. Has estado casi ofensivo con Olga. Le hiciste preguntas poco correctas.

—Dime una.

—Concretamente cuando aludiste a que pertenece a una sociedad científica femenina. Era como si te burlaras.

—Todo lo contrario. Me admiraba de que una mujer pueda encontrar deleite en estudiar materias tan engorrosas como lo son la electrónica y la cibernética. Pedanterías, dije.

—Para provocar en ella el deseo de demostrarte lo contrario.

—De acuerdo. Y realmente he de confesar que tu hermana me asusta.

—¿Por qué, tontín?

Maquinalmente miró el inspector hacia el cuadro tras el cual estaba uno de los micros-espías. Respingó. En sus rodillas acababa de sentarse su esposa.

Enlazándole el cuello, musitaba:

—¿No te gustaría que yo fuese una científica, amor mío?

—A tu modo lo eres, lo eres. ¡Rediez! Desconecten.

—¿Qué dices que ni me entero, chatín?

Alex Harris, levantándose, llevó en brazos a su esposa, en dirección al dormitorio. En su oído, iba musitando Beatrix:

—Hoy te quiero más que ayer y menos que mañana. Además, ya me aburría tanta charla científica y el modo cómo tú cambiabas de tema, sin parar. Dime que me quieres, Alex.

—Con toda mi alma.

En la oscuridad de la alcoba, meditó Harris por un instante que se hallaba en el único sitio de su hogar donde realmente la intimidad estaba a salvo.

Ignoraba que su intimidad estaba a salvo ya, en cualquier otro sitio de la casa.

La agente Ada seguía en su puesto de observación, pero no podía atender su misión de vigilancia.

CAPÍTULO XIII

Las insistentes llamadas, obligaron a la agente especial a abrir. Podía tratarse de alguna amistad del matrimonio propietario de la casa.

Pero las visitantes eran mucho más jóvenes que el matrimonio Parkington. Dos jóvenes muy agradables y distinguidas.

Una rubia de ojos verdes, frágil en su femineidad exquisita.

Una morena de intensa personalidad latina.

—Buenas noches. Nos hemos desorientado mi amiga y yo.

La voz de Irma Sandro era persuasiva. Su mirada poseía un cálido reflejo hipnótico.

La agente Ada concentró su atención en la cordial rubia de ojos verdes. Y el totalmente inesperado ataque de Gaby la sorprendió desprevenida.

Un ataque de perfecta y rápida ejecución.

Primero fue la palma diestra de Gaby aplicada sobre labios y nariz de la agente de Cordinator. Simultáneamente al empujón violento. El forzoso retroceso de Ada se complementaba con la irrupción de Gaby.

Mientras, I-M-E 2 parecía una joven visitante distinguida y más bien recatada, entrando de visita por insistencia de los inquilinos.

La gasa impregnada en fulminante hipnótico relajó toda reacción física en la asaltada.

Irma Sandro cerró la puerta. Contemplando cómo Gaby arrastraba por los sobacos a la desvanecida, caviló I-M-E 2 en la próxima conveniencia de eliminar a I-M-E 3.

Era muy eficaz la marsellesa Gaby, pero tenía un leve inconveniente. Un espíritu poco disciplinado que no se dejaba imponer el control de la moderación.

Se extralimitaba. Era un elemento peligroso hasta para sus propias aliadas. La violencia, el ansia homicida, dominaban a Gaby I-M-E 3.

Ada quedó cómodamente instalada en un sillón. Retenida la cabeza al respaldo por una de sus propias medias.

Irma inspeccionaba la centralilla de intervención visual y auditiva. Manipulando con precauciones demostraba su experiencia en toda clase de aparatos electrónicos.

A su lado inquirió Gaby:

—¿Procedo a interrogarla?

—Un poco de paciencia. No hay prisa.

El ojo circular con su lente de aumento reprodujo una serie de imágenes sucesivas, el recibidor, el *living*-comedor, la cocina, el cuarto de baño, un despacho.

Estancias del domicilio del inspector Harris. Una de ellas, la última, estaba a oscuras. La redecilla de sonido reprodujo el rumor de

dos respiraciones apacibles.

—El dormitorio. Dos personas durmiendo.

—Beatrix y el inspector Harris.

Dejó Irma conectada la interventora electrónica. Volviéndose, observó a la durmiente tenuemente iluminada por la rojiza luz hogareña de una pantalla de pie.

—¿Puedo ya interrogarla? —insistió Gaby.

—Sin violencias inútiles, Gaby.

Un atomizador de bolsillo concentró una pulverización de anfetamina en los centros nerviosos de la mucosa nasal de la prisionera.

Poco después, al removerse Ada, otro diminuto atomizador roció en su paladar un chorro de pentotal, la droga de la verdad.

Ironizó Irma:

—Si algún varón estuviera presente dentro de unos instantes, diría que es la primera vez que oye a una mujer confesar toda la verdad.

Sentada, cruzó las piernas, y encendiendo un cigarrillo, agregó:

—Es posible que esta chica haya sido inmunizada o por lo menos, entrenada, contra la influencia del pentotal. Lo comprobaré en sus respuestas. En tal caso, intervendrás.

Gaby encogió los hombros. En realidad estaba lejos de sentir odio hacia las de su sexo. Las consideraba víctimas del egoísmo masculino.

Ada abrió los ojos. Influía en su organismo la acción estimulante y el impulso a confiar plenamente en quien la interrogase.

Se llevó ambas manos al cuello. Palpaban la sutil malla de una media. La voz persuasiva y afable de Irma Sandro explicó:

—Para evitar cualquier movimiento inútil, ha sido preferible mantenerte tranquila. Dime, ¿cuál es tu nombre?

—Ada Morton. Nacida en Great Bookham el nueve de mayo del 42…

Se interrumpió Ada con un ademán apaciguatorio.

—Perfecto, Ada, pero contestarás exclusivamente a lo que te pregunte. Me agradaría mucho saber qué haces en esta casa. Cuidado con tu respuesta. Tenemos informes de que cierto servicio montó vigilancia. ¿Qué servicio?

—Brigada Especial Seguridad Interior.

—¿Qué haces en esta casa?

—Controlar cualquier anormalidad en el domicilio de Beatrix Harris.

—¿Por qué precisamente tu servicio vigila a Beatrix?

—Se ha convertido en robot.

—Curioso. ¿Por voluntad propia?

—Por acción externa.

—¿Cómo adquirió tu servicio esta sospecha?

—El inspector Harris consultó al jefe de mi sección.

—¿Quién es él?

—Solamente le conocemos por Cordinator.

El interrogatorio transcurría como una banal conversación entre dos amigas intercambiando sus opiniones sobre actores, novelas, modas. Con una testigo silenciosa, expectante.

Y un rumor a modo de música de fondo. La doble respiración de un matrimonio durmiendo.

—Indiscutiblemente Harris expresó en qué basaba sus sospechas.

—Todo se inició al confesarle su cuñado Gilbert Sanders, que Olga Sanders, su esposa, se había comportado de forma alarmante e involuntaria, al parecer bajo la influencia de un mandato lejano.

—¿Por qué lo ha silenciado?

—Supusimos que Sanders guardaría silencio, hasta que pasase a ser controlado.

—Exigió a Harris que hiciera investigaciones sin revelar a nadie el extraño caso de su esposa robot.

—¿Por qué quebrantó Harris su promesa?

—El asesinato del doctor Knox le obligó a consultar a Cordinator.

—Es absolutamente cierto que Harris posee algún indicio.

—Cree que Olga Sanders asesinó a Knox actuando bajo mandato por control remoto. Ha presenciado los síntomas de este control en su propia esposa. Tenemos la certeza de que nos oculta algo. De que posee Harris un indicio básico.

—¿Por qué lo ha silenciado?

—Suponemos que por temor a que esté implicada directamente su esposa, no involuntariamente, sino simulando para alejar sospechas.

Al guardar silencio Irma durante un intervalo que se prolongaba, la química acción de la droga impulsó la locuacidad de Ada.

Señalando a Gaby, comentó sonriente:

—Tiene bastante parecido conmigo tu amiga. ¿Acaso desciende de antillanos?

—Por su región, abundan las de su tipo y el tuyo, Ada. Ahora vas a callarte y permanecer quieta. Es preciso que podamos hablar nosotras dos sin que intervengas.

Irma apuntó con el índice. Y repitió Gaby la actividad que desarrolló a modo de presentación.

La palma con la gasa adormecedora presionó sobre la parte central del semblante de Ada, cuyo braceo fue inutilizado con varios toques aplicados con el canto de la zurda.

La agente de Cordinator regresó a su relajada postura de desmadejamiento físico.

—¿Oíste bien lo último que dijo, Gaby?

—Preguntaba si yo descendía de antillanos.

—No podías responder con precisión, puesto que ignoras quiénes fueron tus progenitores, querida.

—No me consta que sepas tú misma este detalle por lo que a ti se refiere, guapa.

—Dejémonos de alusiones incorrectas. Si pretendemos demostrar que somos dueñas de una inteligencia superior, no podemos permitirnos propensiones al chismorreo venenoso. Esta chica aludió al parecido físico entre tú y ella. ¿No te sugiere nada?

Gaby meditó unos instantes. Por fin, señaló a la adormilada:

—Es muy relativo el parecido.

—No debes olvidar que soy diplomada en estética. Y unos simples arreglos te harían a ti casi idéntica a Ada, frente a la mirada obtusa del hombre más inteligente. Ellos nos ven difusamente, en conjunto, no en detalle.

—Lo que me interesa saber es la utilidad de identificarme yo con ella.

—Salta a la vista, mujer. Un agente de I.M.E. infiltrado en las propias líneas del enemigo. Tú, repitiéndonos las órdenes de Cordinator. Tú, dándonos la lista del personal de Cordinator. ¿Te das cuenta?

—Lo que sí sé, es que hace algún tiempo noto en ti una tendencia a querer eliminarme, nena.

—No me gusta que me otorgues un calificativo, que solamente es grato oírlo en boca varonil. Es desagradable que me obligues a recordarte que las decisiones las tomo yo. El mando me pertenece. Lo que decido se cumple.

—No niego tu autoridad, Irma. Pero no es preciso que te molestes en derrochar tu arte para transformarme a mí. Tu superior inteligencia concentrándose en resolver dos problemas lo solucionará con gran facilidad.

—¿Dos problemas, querida?

—El inspector Harris es el primer problema. Tiene que ser eliminado. ¿De acuerdo, jefa?

—Sigue, Gaby. Revelas de pronto una gran capacidad resolutiva.

—Esta chica se halla a tu total disposición. Sometida a tu mando. Obedecerá fielmente.

—Tienes razón.

Del bolsillo interior de su chaqueta de antílope, extrajo Irma Sandro el grueso bolígrafo. Un bolígrafo muy especial, invención secreta y propiedad exclusiva del I.M.E.

Para cualquier testigo, que hubiese presenciado la escena, la agente Ada sería una cliente peinada a domicilio por una experta peluquera.

En presencia de una amiga. Tres bonitas mujeres en tareas muy femeninas.

Terminada su intervención comentó, Irma:

—Es indudable que antes de morir, el inspector Harris no sospechará ni un segundo de la que va a eliminarle. Por hábil que sea Harris, en su profesión, es imposible que desconfíe de una agente del contraespionaje.

CAPÍTULO XIV

Alex Harris terminado el desayuno, devolvió con cariño las muestras de afecto con que le despedía su esposa.

Dirigiéndose al estacionamiento subterráneo meditó que Beatrix no corría un peligro directo, ya que estaba bajo control de un servicio tan eficiente como lo era la brigada especial de Cordinator.

—Buenos días, inspector.

Se detuvo Harris en el amplio zaguán de descenso.

La opulenta y llamativa rubia, de hermoso, pero severo semblante, añadía:

—Posiblemente no me conozca, aunque honró mi casa con su presencia hace ya algún tiempo.

—Oh, perdón, señorita. Iba algo distraído. Usted es la propietaria del restaurante al que acuden Mike y Pat Michael.

—Y precisamente venía a consultarle referente a algo que tal vez sea poco importante. Lo que voy a decirle lo ignora Pat. Ahora está en nuestro restaurante… Sí, he salido para arreglar una documentación… Ahora Pat está atendiendo el local. He querido hablar con usted.

—Puedo llevarla donde me indique, y por el camino, me explica usted el problema. Deduzco que es algo que atañe a Mike y Pat.

—Creo que sí.

En el coche, al sentarse tras el volante, comentó Harris:

—Es conveniente que sepa que tengo mucho aprecio por los Michael, señorita…

—Olimpia a secas, inspector. Aunque desde anoche soy la señora Pat Michel. Sin ceremonia. Me bastó la palabra de Pat.

—Hizo bien, señora. La palabra de Pat es oro de ley. ¿Dónde tiene que ir, Olimpia?

Sonrió ella:

—Comprendo la razón por la cual Pat y Mike le tienen una adoración de cafres hacia el ídolo. Es usted muy humano, inspector Harris.

—La profesión nos endurece por fuera y nos ablanda mucho por dentro, Olimpia. Los Michael son una pareja excepcional. Primitivos, nobles y leales para quienes aprecian. ¿Dónde, Olimpia?

—El juzgado de Paz de Limehouse. Conozco al empleado de Registro, y me solventará la licencia matrimonial hoy mismo. Yo no sé si tengo razón al estar inquieta.

—Pat es ya su marido con firmas o sin, muchacha.

—Lo sé, lo sé. Mi inquietud la origina otra causa. Procuro hablar finamente y me cuesta un poco, inspector.

—Entonces, hágame el favor de ser natural como los Michael. Me place más la ruda franqueza que la remilgada cortesía verbal.

—Bueno, pues usted ya sabe que los Michael son bastante torpes. Pero desde ayer tarde a las siete hasta ahora, Mike no ha dado señales de vida.

—Tratemos de relacionar el hecho de que son algo zoquetes con la carencia de noticias. No veo la relación, Olimpia.

—Mike y Pat cuando están separados más de cinco horas, se telefonean dejando recado si no se hablan personalmente.

—Ya. Adelante, Olimpia.

—Ayer tarde a las seis y media, Mike vino a cenar ya fuera de horario, alegando que iba a trabajar en una investigación de alta categoría.

Pese a su íntimo problema, el inspector Harris rió espontáneamente.

—También me reí a mi modo, inspector. Por dentro. Yo le oí decir al propio Pat que usted les dio un empleo para redimirlos. Reconoció, y también Mike, que como detectores policiales eran una calamidad.

—Diría Mike en que consistía su investigación de alto nivel.

—Haciéndose el misterioso, soltando indirectas confusas y repitiendo que había de guardar el secreto, se formó un taco enorme. Lo malo es que también me lo hice yo. Por suerte poseo buena memoria. No me jacto. Dicen que es cualidad de elefantes. Por eso la tengo.

Volvió a reír Harris:

—Señora Olimpia, me vas a permitir que te tutee, siempre que me correspondas. Pat será feliz contigo. Tu sinceridad es aplastante.

—Peso noventa kilos, pero según Pat están muy bien repartidos, y nunca me halagó tanto escucharlo. Lo oí muchas veces. Pero dicho por Pat era como si fuese una melodía de violines. Bueno, voy a repetir más o menos lo que pueda servirle a usted… ¿eh?… Oiga, eso de tutear a un señor inspector me achara mucho, recontra. Bueno, gracias. Eso es. A ver si te sirve, señor inspector, la sarta de líos que me soltó Mike.

Arrimó el inspector el coche junto al bordillo ante el Juzgado. Un agente se aproximaba. Vio la placa policial "C.I.D.", y dio media vuelta.

Los del Departamento de Investigación Criminal aparcaban donde podían. Pocos hacían uso del privilegio. Alex Harris no era rutinario.

—Primero dijo Mike que Pat era el instinto y él la inteligencia. Que si Pat afirmó que el damiselo era una hembra, él, Mike, tenía que seguir la voz del instinto de Pat. Que había llegado a la conclusión de que había gato encerrado.

—¿Dónde?

—Exactamente lo que le pregunté. Mike replicó que el gato encerrado se hallaba allá donde estuvieron por la mañana. Y que si Pat afirmó que el tiorro era hembra, él, Mike, iba a investigar por qué una hembra se disfrazaba. Hasta aquí cuanto dijo. Se marchó y no ha dado más señales de vida.

—¿Pat…?

—No me decido a inquietarle. Supóngase, señor inspector… Ah, sí, hazte cargo de que si a Mike le ha pasado algo grave, mi Pat es capaz de perderse. No se controlaría. Lo arrollaría todo en venganza privada. Eso los jueces lo castigan.

—Comprendido, muchacha. Trataré de aclarar dónde se ha metido Mike. Y, ¿me permites?

Extrañada, crispando los puños, vio ella acercarse a su perfil los labios del inspector. El beso en su mejilla fue sonoro.

—Felicidades, señora Michael. Corrí el riesgo de que me estampases un bofetón. Este beso es a la estupenda esposa que serás para Pat. El día de la boda oficial me honraría mucho ser vuestro padrino.

—Aceptado. Nos alegrará mucho a Pat y a mí, señor.

Poco después, conduciendo, trató Harris de poner en orden las divagaciones de Mike Michael. No lo conseguía.

Otro problema mucho más obsesivo le taladraba las sienes, alternando las pequeñas brocas de las dudas, con barrenas diminutas. Sí, era una imagen bastante acertada.

Había dolores de cabeza que colocaban capas de corcho tapizado desde las cejas a la nuca. Otras cefaleas insertaban tambores minúsculos a un solo lado del cráneo.

Las famosas migrañas femeninas, según decían las afectadas, equivalían a un hormigueo de constantes perforaciones en el cuero cabelludo, como una lluvia catapultada de pequeños alfileres que…

Era estúpido perder el tiempo en cavilaciones sobre los dolores de cabeza, cuando corrían peligro personas ajenas por completo al misterioso mandato que alentaba bajo el cuero cabelludo de unas esposas robot…

Frenó suavemente el inspector Harris.

Empezaba a divisar cierta coherencia entre las divagaciones de Mike Michael, su desaparición y la visita matinal de los Michael, vigilando de cerca los pasos de Olga Sanders.

Pasó a una cabina telefónica, marcando los números del domicilio Sanders. La peculiar voz de su cuñada era inconfundible. Autoritaria:

—Dígame…

—Hola, cuñada. Sobre todo que no se entere Bea o se enojaría. Lleva un peinado espantoso. Tú que entiendes un rato largo de modas y elegancias, recomiéndame alguna artista capilar.

—Ya le recomendé a Bea el mismo que me peina. Es algo caro, pero vale la pena. No entiendes tú de peinados femeninos.

—No, pero soy el marido de la criatura. Y si tu peluquero es un artista, no estuvo inspirado ahora.

—Monsieur Sandro es actualmente el número uno, y has de saber que las mujeres de más distinción son sus dientas.

—De acuerdo, de acuerdo. Hasta otra, muchacha.

Colgando, meditó Harris que Olga no consideraba necesario mentir. Había mencionado al mismo peluquero que mentó Pat Michael, anticipando un epíteto poniendo en duda la virilidad de monsieur Sandro.

Por consiguiente tenía que descartar a Olga como posible cómplice o simuladora. Ella no conocía a los Michael. No sabía que era seguida. ¿Lo ignoraba realmente?

Se movía en un terreno inverosímil donde todo era resbaloso, donde la simulación podía encubrirse bajo la apariencia menos sospechosa.

CAPÍTULO XV

Tras su mesa, Cordinator se acarició el rapado cráneo. Físicamente podía parecer un fraile bonachón. Pero sus grises pupilas plomizas escrutaban con cautela al recién llegado. Sin la menor bondad frailuna.

—Le recibo con renovado interés, inspector. Percibo en su semblante una expresión sardónica, algo endiablada, si me tolera el calificativo.

—Usted maneja hilos de marionetas de carne y hueso, Cordinator. Sus agentes son entrenados para avanzar con paso seguro por túneles con suelo de musgo. Túneles donde yo me extravío.

—Es modestia por su parte, Harris.

—La agente Ada permanece en un puesto de observación en el que teóricamente se instaló para evitarle daños a mi esposa. Prácticamente quedé avisado que bajo ningún concepto debía yo alarmar a mi esposa. ¿Desde cuándo un servicio secreto es tan sentimental, Cordinator?

—Los sentimientos quedan colgados del perchero en cuanto entramos aquí. O cuando tenemos que actuar. No lo ignora, amigo mío.

—Fácil deducción por consiguiente… Yo no voy a preguntarle en qué se funda su servicio para sospechar de mi esposa.

—En tal caso, ya que no me lo pregunta, le daré la respuesta. Equivale a la máxima de su servicio, inspector. Todos cuantos, de cerca o de lejos, tienen la menor relación con un caso sin resolver, sean testigos, amistades, conocidos o parientes, caen bajo el mismo rasero. Son sospechosos, hasta que no demostremos nosotros lo contrario, atrapando a los legítimos delincuentes o enemigos, según se trate de su servicio o el mío.

—De acuerdo. Emito ahora una teoría. Dando por cierto que dos mujeres se han convertido en robot… ¿no?…

—Teóricamente, para usted, dos. Prácticamente, para nosotros, algunas más.

—Perfecto. Aquí quería traerle, Cordinator. Su servicio ha ampliado la red de sus tentáculos. Mi teoría sugiere la probabilidad de que nos hallemos frente a una organización X, que dispondrá de una red. Y, con sus correspondientes tentáculos Z. Su organización secreta, Cordinator, vigila mi casa. ¿Cómo descartamos la posibilidad de que la organización secreta del otro bando, no espía a su vez a sus vigilantes?

—Esta es la maraña constante en que nos debatimos, Harris. Es progresivo el interés que despierta en mi fatigada curiosidad, su exposición del maldito damero que me ofreció usted al hablarme de damas robot. Siga instruyéndome, por favor.

—Si damos por hecho que ir sembrando esposas robot por Londres no es obra de una sola persona, sino de un conjunto de fuertes individualidades, la misma mano que convierte en robot a esposas, ¿no podría convertir en robot a sus propias agentes?

—Todo es posible en este complejo tinglado. ¿Sospecha acaso de Ada?

—Cualquier persona relacionada de cerca o lejos… etcétera… Una norma general. No tengo motivos fundados para acusar a Ada. Lo mencioné al azar. Paso al motivo de mi visita. He consultado la copia de nómina de personal archivada en la oficina de inscripciones obligatorias para el Seguro Laboral. Gremio capilar.

Maquinalmente Cordinator se pasó la mano por el rapado cráneo. Añadió Harris:

—Voy a exponer un hecho cierto. Luego la teoría. Es una realidad que existe un procedimiento costoso para devolver el pelo a los calvos. Injertar una por una, en el cuero cabelludo, hebras o filamentos capilares ajenos.

—Procedimiento casi descartado. Leí que producía intensos dolores de cabeza con el transcurso de algún tiempo.

—Pasemos a la teoría. Un peluquero tiene ocasión de injertar algo en la linda cabeza de cualquier clienta. Olga Sanders y mi esposa son clientas del mismo salón de belleza. El lujoso establecimiento de un artista del gremio capilar. Monsieur Sandro. Están inscritas como personal fijo, con residencia en el propio salón de belleza, dos mujeres más: una marsellesa y una británica.

—Dijo dos mujeres más. Después de citar a un peluquero francés o seudo francés.

—Y seudo-varón. No por afectados modales.

—¿Lo comprobó?

—Un agente mío dotado de gran instinto para discernir pelo y pluma, perjuró que Sandro era mujer. Otro agente mío se decidió a investigarlo por cuenta propia. Ha desaparecido desde ayer a las siete, tras anunciar que se dirigía al salón de belleza Sandro.

—Magnífico. Lo lamento por su agente, si su desaparición es definitiva. ¿Algo más, inspector?

—Solicitar una orden de registro y acudir con policías, puede equivaler a una grotesca pifia.

—El ridículo no nos asusta. Dispongo de agentes yudokas del sexo mal llamado débil. Si es preciso repeler agresiones, debo revelarle que se anticipan a cualquier agresión, y guárdeme un secreto. Peleando, las dulces Evas, dominan a la perfección la deslealtad, los golpes prohibidos y la malísima intención.

Pulsó Cordinator varios timbres, levantándose manifestó:

—Al igual que usted deseo estar presente. Compartiremos la responsabilidad, si su teoría se queda simplemente en elucubración calenturienta.

***

La recepcionista Diana estudió la pareja que entraba. Un rechoncho sujeto de rapado cráneo, redondo rostro y expresión beatífica. Colgaba de su brazo una exquisita muchacha.

—Buenos días. Mi esposa… En fin, tú llevas la voz cantante, ricura.

Un marido cincuentón dominado por los caprichos de una jovencita contando apenas veinticinco años. Que expuso dulcemente:

—Me recomienda lady Somerset. Deseo probar la sauna.

—Planta segunda. Haremos una excepción ya que presenta la tarjeta de lady Somerset, que nos honra con su atención, pero es un privilegio, ya que sin cita previa…

Acudía más clientela. Un joven escoltando a dos muchachas. Una de ellas expresaba a su compañera lo fantástico que debía ser el injerto cutáneo, planta primera.

La primera pareja se internaba en el ascensor. La recepcionista llamó:

—¡Señor! Los caballeros han de aguardar en el bar o vestíbulo…

Cordinator cerró el ascensor por dentro. El inspector Harris, exclamó:

—Atiéndanos, por favor, señorita.

La agente destinada al piso primero, se dirigió a las escaleras. La que seguía acompañando al inspector, murmuró:

—No alborote tanto, usted.

La recepcionista Diana contempló en el colmo del asombro a la que acababa de saltar el tablero de recepción y a su lado, repetía:

—No alborote.

Se descorrió una cortina plateada. Irma Sandro, blusa rosa, pantalón lila ceñido, y ajustado por tirante bajo el escarpín de gamuza, se aproximó, enarcadas las cejas.

—¿Qué ocurre, Diana?

La interpelada señaló el ascensor y la escalera:

—Un caballero y dos señoritas han subido, sin previa cita.

—No es motivo suficiente para que alces la voz.

Los verdes ojos dejaron de contemplar a la muchacha desconocida acompañando tras el mostrador a la recepcionista.

Irma Sandro miraba fijamente al inspector. Dijo:

—Tengo la impresión de que le conozco, señor.

—Es posible, señora.

Rió amablemente Irma Sandro. Desmentida la risa por el destello de sus verdes pupilas.

—No es original su broma, señor. La he oído repetidamente. Mi profesión exige cierta delicadeza…

—La mía no tanta.

Giró Irma la cabeza repentinamente. El estrépito procedía de la primera planta. Por los peldaños rodaba un cuerpo femenino.

Rodaba con mucha elasticidad, y rebotó en pie al llegar a la alfombra. Gaby alzó ambos manos para aferrar la garganta del bólido femenino que saltaba desde el quinto peldaño.

Las dos mujeres formaron un solo conjunto de anatomías enzarzadas en llaves y contrallaves. Por la escalera bajaba ceremoniosamente Cordinator.

Un chasquido seco hizo encogerse al inspector Harris. Pero el

golpe destinado a su nuca no llegó a conectarse.

Diana dobló las rodillas alcanzada por el único y certero toque de la agente que, en acrobático salto, se interpuso entre el inspector y dos dedos.

Dos dedos femeninos dirigidos hacia los ojos de Harris. La horquilla digital de Irma Sandro fue inutilizada por el canto de la zurda de la agente.

Que desprovista de todo complejo varonil, duplicó su manoteo. La diestra asestó un tajo lateral. Irma Sandro alzaba una pierna.

El inspector Harris prefirió alejarse. Para acudir al lado de Cordinator que encendía un largo cigarro habano; y soplando el fósforo, decía:

—Un espectáculo deprimente, Harris. Desde que la mujer invade terrenos donde impera la violencia, nos vamos convirtiendo en blandengues. En la planta segunda, hay pruebas evidentes de manipulaciones ajenas a un salón de belleza.

Iban entrando otros agentes femeninos. Para apaciguar cortésmente a la alborotada clientela.

Irma, Diana y Gaby eran transportadas por sus vencedoras. El inspector Harris mostró su carnet a los uniformados policías que acudían.

Formaron barrera contra los curiosos. Era una atracción gratuita la ofrecida por tres muchachas muy gentiles transportando sin la menor amabilidad a dos muchachas y un rubio neutro.

Un cargamento que se llevó una furgoneta.

Hacia determinada sala de interrogatorio atendida por expertas.

CAPÍTULO XVI

Beatrix Harris dejó de cantar un ritmo muy selvático. Extasiada corrió al encuentro de su esposo.

—Te adelantaste al horario habitual, Alex. Estaba yo precisamente preparando una salsa…

Sus labios aprisionaron con glotonería. El aire.

Manteniéndola alejada por los hombros, tensos los brazos, sonrió Harris.

—Modera tu impetuoso canibalismo. Pegas bocados, chica. ¿Qué dirán los que te están viendo?

—No hay nadie, chatín.

—Que nos oyen, chica. Hay un circuito de televisión y audífonos.

Rió ella satisfecha:

—No sabes qué disparates inventas para burlarte de mi manía de leer novelas de Ciencia Ficción.

—La agente Ada de la sección de Choque femenina, acaba de ser relevada. Es sospechosa de una extraña epidemia llamada robotismo.

—¡Uy, qué bobadas ensartas, vida mía!

—Me asomé a verla, se puso rígida y si no interviene la agente Celeste, te quedas viuda.

—¡Ay, pero qué imaginación más potente tiene mi chatungo!

—Rediez, deja mis narices en paz. Vine a buscarte. Has de ir a una peluquería especial. No temas nada. Te aplicarán un casco detector. Ya han colocado a Olga bajo el casco.

Fruncido el ceño, manifestó Beatrix:

—Ya no juego. Me empiezo a asustar. Eres sádico y cruel. Eres un verdugo. Estoy asustadísima y te ríen los ojos

—Yo he estado alarmadísimo horas y horas. Temía algo que me hubiera afectado mucho. Sudé fríos temores… ¿Recuerdas la voz infernal que mencionaste? Me sopló la duda de que tú pudieras haber simulado, y si así hubiese sido, entonces, tú pertenecías al I.M.E.

—Yo te ruego… que dejes ya… de delirar, amor mío.

—De acuerdo. Vámonos.

—¿Dónde?

—Al estudio de Cordinator. Te explicará muchas cosas interesantes. Es hombre de gran experiencia. No hablemos más. Hazme caso. Te lo suplico

—¿Me… suplicas…? Estás indispuesto, Alex.

—No, muchacha, no. Es una grata indisposición que me durará toda la vida. Se llama amor. Te amo con toda mi alma.

***

El doctor Cyrus Vernon, tendiendo la diestra, se excusó:

—Perdóneme si le hice esperar, inspector.

—Yo soy el que debo pedirle perdón. Usted atiende a una clientela que halla en sus consejos profesionales la “sos” “phren”. Tranquilidad, serenidad de la mente, del espíritu.

—Lo procuro por lo menos. Por cierto, de pronto demuestra usted un conocimiento bastante aceptable de la terminología empleada en la terapéutica sicosomática.

—El mérito no es mío. Desde que a mi esposa le acometió la rara dolencia, intenté documentarme. Entre otras fuentes que luego mencionaré, leí un folleto sobre una sociedad femenina dedicada a estudios electrónicos. Mi cuñada Olga pertenece a dicha sociedad. Un pasatiempo. Pero me indujo a sospechar de ella. Por fortuna, ha quedado descartada.

—Lo celebro. ¿Cómo sigue su esposa?

—Perfectamente, gracias. ¿Y la suya, doctor?

—Más joven que nunca.

—También lo celebro. Le reitero mi gratitud por su fórmula de felicidad conyugal. No me harto de repetirle a Beatrix la mágica frase.

—“Te quiero con toda mi alma” —rezó el doctor devotamente.

—Surte efectos prodigiosos, doctor. Como los provoca también decirle que le suplico, le ruego… En fin, pasemos a un tema menos agradable. Entre las obras que consulté, muy por encima, hallé una muy curiosa. Se refiere a unas monas alegremente ignorantes y a otras en tristes condiciones de abatimiento. Del laboratorio de la universidad de Yale.

Chispearon alegremente las pupilas del doctor Vernon:

—Se refiere usted a los experimentos del doctor Slimmers.

—Exacto. ¿Conoce usted la obra a que me refiero?

Sonrió complacido Cyrus Vernon:

—Joven, excuse mi vanidad. Yo escribí esta obra. Resumiendo los avances en la exploración de la negra caja que sigue siendo el cerebro humano.

—Una lectura altamente interesante e instructiva. Y por cierto, se relata un experimento muy curioso. Con fotografías explicativas. En un ruedo, una plaza de toros, un hermoso ejemplar embiste normalmente al hombre que agita ante sus ojos la muleta.

—Lo recuerdo perfectamente. El mismo toro en la secuencia siguiente, tiene colocados en la testuz, como invisibles banderillas quirúrgicas, sutiles electrodos con transistores accionados a distancia.

—La muleta se agita de nuevo, el toro embiste, pero al mismo tiempo la mano del científico se apoya sobre los botones de mando. Un impulso eléctrico alcanza al toro en la esfera del cerebro que controla la agresividad —y Harris hizo una pausa voluntaria.

—El animal se para de golpe, como si hubiera chocado con una pared de cristal. Gira sobre sí mismo —y el doctor Vernon hablaba con juvenil entusiasmo— parece prisionero de una fuerza más poderosa que la suya, se sienta mansamente en el ruedo, sin una mirada hacia la muleta que continúa agitándose al otro lado del ruedo.

—Hasta aquí el experimento. En teoría puede invertirse la influencia científica. El impulso lejano que transforma un toro bravo en manso, invirtiendo el voltaje, aumentándolo, podría convertir una dócil esposa en robot asesino.

—Esto sería criminal. Ningún científico que se precie de serlo, haría tal monstruosidad.

—Eso es lo temible de los científicos. Inventan, estudian, elaboran, divulgan… con muy buena fe. Einstein escribió unas letras y

números. Pretendía dotar al mundo de una energía más poderosa y menos costosa que la eléctrica. Un gran desarrollo industrial. ¿Y qué? Hiroshima.

—Desgraciadamente el belicismo es algo inevitable y que escapa a la voluntad científica.

—Esta es la desgracia. Figúrese lo que sucedería si una organización, que vamos a señalar con la sigla I.M.E. se apoderase de determinado invento. Un inyector de bulbo transistor, un alfiler indoloro, penetrando en la raíz capilar, en el lóbulo de las neuroglias.

—¿I.M.E.?

—Imperio Mundial de Eva.

—El matriarcado fue un gobierno pacífico, próspero que benefició a la humanidad.

Sintió el inspector una honda pena. Pero a veces era preferible aplicar el bisturí. Aunque doliera al propio cirujano accidental.

—Usted amó mucho a su esposa, doctor. Tengo entendido que era la esposa ideal. Creo que murió hace veintidós años. En el segundo año de casados. En un bombardeo.

—Vive, siempre vive. No murió. Mire… En aquella sala, tengo su sillón. Cada mañana, cada mediodía, cada noche entro a charlar con ella. La saludo… "Te amo con toda mi alma". No me avergüenza, no, confesarle algo muy íntimo. Es usted un joven que sabe oír respetuosamente.

—Sí, señor. Le escucho con gran respeto.

—Yo, a veces, me arrodillo. Ella me perdona, si alguna vez fui brusco con ella. Es buena. Y últimamente, he comprado muchas veces el mismo disco, porque lo rompía muchas veces… Es una canción francesa. Tal vez la conozca. De un cantante llamado Becaud.

—"El sillón".

—Sí… "¡Dios mío, que solo está uno, cuando en un salón solitario, se habla a solas con un sillón vacío! ¡Dios mío!"

Alex Harris buscó en vano alguna frase coherente.

Recobrándose, bañados los ojos en lágrimas, sonrió patéticamente el doctor Vernon:

—Desearía la misericordia de una dulce clemencia, inspector. No me ha sido concedida. Sé que en aquella sala, solamente hay un sillón vacío. Lo sé ahora, en la frialdad de este despacho. Pero allá dentro, llegó a verla, la oigo hablarme. Me ha perdonado. Supo siempre que pese a mi brusquedad yo la quería. Perdóneme, joven.

—Usted a mí, señor, por tener que remover su íntima herida. Su esposa tenía una característica que le acentuaba su gran belleza. He visto la reproducción de una foto en colores.

—Ningún pintor podrá nunca reproducir la maravilla esmeralda que contenía la mirada de mi esposa.

—Cierto día recibió usted la visita de una joven de hermosos ojos verdes. Se declaró muy interesada en sus experimentos.

—Sí… No hace mucho. No ha vuelto más. Poseía bastantes conocimientos en Frenología. La invité a visitar mi laboratorio particular.

—Ella se presentó con falsa identidad, doctor. Su verdadero nombre era Irma Sandro. Felizmente, hemos recuperado el inyector de bulbo transistor y la centralita de mando remoto. Irma ordenó matar al doctor Knox porque éste había notado en Olga Sanders una anomalía. Vibraciones eléctricas cerebrales. El transistor injertado reproducía lo qué oía la robot. Irma envió a Gaby a asesinar al doctor Knox dejando huellas que comprometían a Olga Sanders, a la que hubiesen eliminado, apenas tuvieran en su poder la documentación fotografiada por Gilbert Sanders.

El doctor Vernon escuchaba atentamente, pero su mente estaba distraída, lejana, ausente. No le interesaban las maldades humanas. Él quería sembrar paz, bondad, cordialidad.

—La mujer que era cabecilla de la organización secreta I.M.E., ha desaparecido. Nadie conoce su identidad. Tarde o temprano será capturada Esta es mi esperanza ¿Su laboratorio, doctor?

—Lo rompí. Puede comprobarlo si lo desea. Lo destruí el mismo día en que comprobé la falta de varios objetos experimentales. No denuncié esta desaparición. Es tal vez un delito, por omisión.

—Frente a la rigidez legal, sí. Pero yo no represento a ninguna autoridad, señor. Mi visita ha sido particular. Buenas tardes, doctor Vernon.

—Buenas tardes, señor Harris.

CAPÍTULO XVII

—Hola, Pat. Mi enhorabuena.

—Buenas noches, inspector. No sabe cuánto me alegra verle, y sobre todo después que Olimpia me dijo que usted nos va a honrar con su apadrinamiento el día de la boda. ¿Un trago de qué, inspector?

—De lo mismo que bebes, Pat.

—Por favor, pasemos al comedor particular. Aquí, esta bandada de mal educados, forman un escándalo que vamos, digo yo, no hay modo de impedir. Ya que no lo hacen con intención de ofender a nadie. Son así.

En el comedor particular, agregó Pat Michael:

—Mi primo se salvó gracias a que fue usted el que arregló la cosa.

Lo menos que podía hacer era despedirse.

—No pudo. Era una ocasión única. La francesa partía de viaje. Regresaba a París. Unas vacaciones bien ganadas. Cuando regrese, ya te lo explicará todo

—Olimpia ya me explicó lo que le contó usted por teléfono. Ella estaba intranquila. Le dije que no era para tanto. Un hombre encuentra una mujer que le hace tilín, y ¡zas! boda al canto.

—Exacto. Ya recibirás alguna postal. Por cierto, la acertaste.

—Olimpia es un premio gordo. Oiga, sin querer resultó un chiste de los pasables, ¿o no?

—Sí, hombre. Me refería a que acertaste. Lo que le dijiste a Mike a propósito de Sandro, el peluquero. Era una mujer.

—¡No sabe usted el peso que me quita de encima! ¡Y el muy… la muy…! ¿Por qué trabajaba disfrazada de tío?

—Porque comercialmente rinde más un peluquero afeminado que una peluquera mujer. Volveré pronto, Pat. Me agrada charlar contigo.

En la calle meditó Harris que una hermosa mentira era preferible a veces a una dura verdad.

Cordinator había aceptado la sugerencia de que Mike Michael fuese enterrado muy secretamente. Nadie vería las tres iniciales grabadas en su frente.

La letra de Mike Michael era fácil de imitar. Pat Michael recibiría postales espaciadas desde distintos lugares. Algún día… la verdad le sería menos dolorosa.

Olimpia se declaró totalmente de acuerdo. Y prometió que el día de la boda oficial, sería ella la que besaría al inspector Harris, invirtiendo la rutina.

La rutina… Volverían los casos corrientes, normales.

Y siempre esperaría al inspector Harris una esposa amante. Era ya una pesadilla que se extinguía lentamente en la noche primaveral el recuerdo de las esposas robot.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)
Impreso en España - Printed in Spain
PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.